

PUBLICACIONES DE "LA PRENSA"

TENERIFE, VISTO POR LOS GRANDES ESCRITORES

(CRÓNICAS E IMPRESIONES DE VIAJE)



SANTA CRUZ DE TENERIFE
(ISLAS CANARIAS)

-778319-

AL LECTOR

Una recopilación de juicios e impresiones sobre Tenerife, sometida a un riguroso plan cronológico, sería trabajo prolijo por el copioso número de autores, nacionales y extranjeros, que en libros, crónicas y narraciones de viaje hicieron mención y elogio de nuestra Isla.

Muchas de las opiniones de ilustres personalidades, tales como Humboldt, Anderson, Bandini, Bori de Saint-Vincent, Leclercq, Leopoldo de Buch, St. Claire Deville, Berthelot, Piazzí Smith, Ogier, Vernau, Proust y Pitard, Bourgeau, Hieckel, Elisabet Murray, etc., han sido suficientemente divulgadas y corren en multitud de opúsculos y guías del país.

Pero nos hallamos en deuda de gratitud con muchos escritores contemporáneos, algunos ya desgraciadamente desaparecidos, aunque sus nombres viven en el recuerdo y la devoción de sus admiradores; ingenios famosos en el periodismo, en la novela y en la política, y algunos de nombradía universal en las letras extranjeras, que nos dejaron huella imborrable de las horas que convivieron con nosotros.

Sus impresiones, recogidas y engarzadas en las páginas de este libro, constituyen un espléndido homenaje a la belleza de nuestra tierra, y un motivo de grata recordación para los insignes panegiristas, cuyos nombres, en la posteridad, quedarán espiritualmente ligados a la historia de Tenerife, como lo están ahora en nuestra gratitud y nuestro afecto.

Luis de Zulueta

¿Un viaje a las Canarias? Y ¿por qué no?... Para los antiguos esas islas, las Islas Afortunadas, eran un país lejano, medio fabuloso, de singular belleza, casi desconocido.

Todavía estas dos notas: tierra hermosa, tierra ignorada, continúan dominando en mi espíritu, como en el de la mayoría de los españoles, al pensar en el archipiélago canario. Por un hábito mental erróneo, propendemos a imaginarnos que España termina en Cádiz o en Algeciras, olvidándonos de que, más allá del mar, la Patria continúa, y de que, al lado de la España continental, existe una España oceánica.

¿Qué sabemos de ella? Por lo común tenemos una idea demasiado vaga. Paisajes bellísimos; plátanos; mucho comercio extranjero; el Teide famoso y aquel valle de la Orotava donde Humboldt, rendido a la admiración, cayó de rodillas...

Esto es todo o casi todo. ¿Quedará todavía algún vestigio de los primitivos pobladores? ¿Volarán libremente en los bosques las aves amarillas que, recordándonos el nombre de esas islas, cantan enjauladas en nuestras viviendas?

No nos documentaremos ahora. Ciñamos las co-

reos a las maletas, y que, a donde van tantos turistas alemanes o británicos, vaya alguna vez un turista español para contemplar directamente un pedazo de su propia España, de una España siempre querida, aunque a veces un poco olvidada.

×

Por la mañana me despierto en el tren. Abro la ventanilla. Me sorprendo al ver que hemos cambiado de cielo. Ya éste no es aquel aire de cristal que dejé en Madrid. Una atmósfera más densa, más coloreada se extiende sobre las tierras rojas, cubiertas de olivares y de blancos caseríos... Estamos en Andalucía.

Ahora, unos alrededores de ciudad, huertas arrabaleras donde picotean las gallinas... A lo lejos, la Giralda.

¡Utrera! Paredes encaladas y pardos tejados sobre los que descuellan el castillo y la iglesia. Ahí, sin duda, la imagen de la Virgen que se entrevé poéticamente en las coplas: «Mira qué bonita eres»...

Lebrija! Prados con caballos y toros, y, tras el quebrado cerro, la torre que, al correr del tren, aparece y desaparece, como jugando al escondite...

Luego, más allá de los viñedos de Jerez, marismas y salinas... Los Puertos. Bordeamos ya la espléndida bahía de Cádiz. Final del viaje y término de España.

¿Término de España? No. Hay más allá. La Patria no acaba en los peñones del Estrecho. ¡Plus Ultra!... Más allá de las columnas de Hércules, espera la otra España, la España insular, jardín del Atlántico.

A bordo. El adiós de las sirenas del barco. Cádiz se aleja retrocediendo en la atmósfera azul, con sus fachadas de colores claros, las cúpulas de sus iglesias, las murallas del castillo...

La travesía. Largo paréntesis azul. Toldilla y camarote, camarote y toldilla. Azul luminoso, azul perpetuo, azul obsesionante...

¡Más allá!... Aún guardamos en nuestra retina, como último recuerdo de la tierra, aquella fina miniatura gaditana, la vista de la ciudad que se iba distanciando, haciéndose pequeñita, como si fuésemos dando vueltas a la ruedecilla de unos gemelos...y ya ahora surge otra vista que, a la inversa, se va agrandando, agrandando, como si la ruedecilla girase al revés.

¡Tenerife! Montes oscuros, abruptos, que dan al paisaje un tono fuerte y bravo. Al pie, entre campiñas y jardines, la ciudad de Santa Cruz que aparece en la claridad matinal, dejando en los ojos una grata impresión de frescura, como si acabara de salir, lavada, de las ondas del mar. En las fachadas de sus edificios alborea una gama de matices delicados, el rosa suave, el verde limón, el azul pálido, el amarillo de marfil. Héla ya ahí, la otra España, la España Atlántica.

×

Esta España, en efecto, está caracterizada por el Atlántico.

Quiero fijar mi primera impresión, esa impresión inmediata que nos revela ya, súbitamente, la mitad de su espíritu. La otra mitad sólo podrá conocerse en una larga convivencia.

He visto ya el puerto; los muelles donde se

amontonan los huacales de plátanos y las cajas de tomates; la amplia bahía llena de naves de distintos países y varia condición, desde los cruceros de guerra hasta esa barquilla velera en la que viaja a la merced del viento, por deporte marino, un matrimonio extranjero. He visto ya un poco de la población, algunas calles, algún jardín florido, alguna plaza donde crecen, magníficos, los laureles de Indias ¿Qué me parece?

Me recuerda, ante todo, a las ciudades andaluzas costeras. También un poco a las de América. Algo del ambiente habanero. Muchos canarios han estado en Cuba. Algunos detalles hacen pensar en Lisboa. Pero la nota general—lo mismo que el acento de la región—, es entre andaluza e hispano-americana. En conjunto, como veis, síntesis atlántica.

El espíritu, absolutamente español. Hay muchos extranjeros en Tenerife. Puerto franco, puerto cosmopolita. Pero los extranjeros son extranjeros. El espíritu canario es español, exclusivamente español. El alejamiento de la Península no hace sino acentuar su patriotismo. Esta España del Océano, si no está unida a la otra como pedazo de un mismo cuerpo, la está indisolublemente como parte de una misma alma.

×

Recordábamos que España no termina en Cádiz o en Algeciras. «Plus Ultra»... Más allá del mar, surge esta otra España oceánica, la de las islas Canarias.

En la antigüedad, estas islas Afortunadas estuvieron envueltas en una neblina de misterio y de

leyenda. Hoy, pese a los modernos medios de comunicación, no hay todavía un contacto tan constante, activo y habitual como debiera, entre las islas y la Península. El español continental apenas las conoce; no se acuerda casi de que existan. El español canario piensa constantemente en la Península, pero tiene la sensación de que la Península está distante, muy distante. Desde el Continente, olvido. Desde Canarias, lejanía.

×

En Tenerife, experimentaba yo una extraña impresión de contraste.

De un lado, paisajes muy distintos de los de acá, árboles raros, una flora fantástica, una Naturaleza exótica. De otra parte esas tierras remotas están habitadas por una población española, españolísima, completamente castiza, de patriotismo indiscutible, con nuestras virtudes, nuestros defectos, con todos nuestros genuinos caracteres nacionales.

Conversamos. Discutimos. Una charla típicamente española. Hablamos de nuestros problemas actuales. Recordamos a nuestros escritores contemporáneos. Controversia política. Caciquismo, en Canarias, como en la Península. Modernos ideales políticos, los mismos que en la Península, en Canarias.

La misma conversación que en cualquier capital de una provincia andaluza o castellana. Pero este diálogo familiar se desarrolla en el seno de una Naturaleza desconcertante.

Vegetación espléndida. Pomposos laureles de Indias; jacarandas desnudas de hojas y cubiertas de

flores moradas; carnosos cactus americanos; dragos gigantes, típicos de Canarias, y palmeras diversas de los tres continentes. A lo lejos, extensos platanales y montes volcánicos y playas negras con arenas color de azabache junto a las cuales se destaca en tono más claro el azul cobalto de las aguas atlánticas...

×

Ambiente más bien liberal. Puertos francos abiertos al mundo entero. Espíritu democrático. Menos peso muerto de vieja rutina que en las poblaciones peninsulares. No hay, sin embargo, agitación exterior. Tranquilidad absoluta.

Ideas avanzadas. Hay muchos republicanos. Al cruzar una calle nos llama la atención un edificio. Es una logia masónica.

Anhelos de cultura y de libertad. ¿Se renovará, se transformará, al cabo, la vida pública española? Pero, lo que venga, ya nos lo darán hecho desde la Península. Nos lo contará un día un telegrama, recibido en estas islas. ¡Se hallan tan distantes!...

×

En todos sentidos hay que acortar esta distancia.

Las distancias ya no existen, virtualmente, en este siglo de los colosales trasatlánticos, la radio y la navegación aérea.

Comercialmente se está intensificando entre las Canarias y la Península. Ya España va siendo, junto a Inglaterra, Francia y Alemania, un gran

país de consumo para los productos del archipiélago canario. Pero aún cabría hacer más, aumentar las facilidades del transporte marítimo y terrestre.

Muchísimos extranjeros, alemanes e ingleses sobre todo, van a Canarias. Unos a gozar de la suavidad del clima, de la belleza del país, de la vida en estas poblaciones a la vez tranquilas y alegres. Otros a comerciar, a crear industrias y producir y obtener riquezas.

¿Por qué no van casi nunca los españoles? En general apenas llegan a Canarias otros peninsulares que los empleados y funcionarios, retenidos por su destino en ellas durante un par de años, en espera del traslado apetecido que les permita el viaje de retorno... ¿Por qué? En vano, hablando con algunos de ellos, le ponderaba yo los encantos de esa tierra...

—«Sí, sí; tiene usted razón: pero está tan lejos»...

Hay que acercarla. Conviene también fomentar las constantes relaciones intelectuales, espirituales entre esa España insular y la España continental.

En la esfera del profesorado, por ejemplo, he visto con pena que, cuando se reunían en Madrid o en otra ciudad maestros españoles para asistir a un concurso de ampliación o de perfeccionamiento, faltaban los de la región canaria. ¡Está tan lejos!... Razón de más, sin embargo, para que el Estado se impusiera el fecundo sacrificio de facilitarles la venida.

Haría falta que profesores y alumnos insulares viniesen con frecuencia. Convendría igualmente que algunos de nuestros catedráticos más eminen-

tes recibiesen del Estado el encargo oficial de explicar algún curso breve en los centros de cultura del archipiélago. Hemos de pensar que ese pedazo de España está cerca, siempre cerca.

×

Y luego esa región es, realmente, encantadora.

Recordaba yo en ella la melancólica poesía de Heine. Un pino del Norte, solitario en la nevada cumbre, suspira de amor imposible, soñando con una palmera que, sola también, se consume allá lejos, en las abrasadas tierras del Mediodía.

El anhelo inasequible del poeta se realiza plenamente en ese vergel de Tenerife. Allí, en sus campiñas y jardines, crecen juntos los pinos nortefños y las palmeras tropicales, lo mismo que las plantas de todos los climas y los frutos de todos los países, acariciados por un aire siempre tibio, bajo un cielo sereno...



José M.^a Salaverría

Como recompensa a la monotonía y el tedio de la larga navegación, cuando el anhelo de ver tierra casi se convierte en una enfermedad, una mañana los habitantes del trasatlántico quedan pasmados delante de una auténtica montaña. ¡Tierra! El grito se propaga por todo el barco y llega a sus más remotas profundidades; los más perezosos abandonan la molicie de sus camarotes; pronto el pasaje en masa está sobre cubierta.

A la luz vibrante de una alegre mañana, la isla de Tenerife se ofrece como una verídica confirmación de las Islas Afortunadas. Y destacando sobre los promontorios y valles de la costa, el pico de Teide, de cumbre nevada, semeja un lindo estilizado volcán japonés.

Entonces comienza entre los pasajeros la tarea de ir descubriendo los pormenores del paisaje. Es un juego absorbente que enciende de júbilo los ojos cuando se ha logrado descubrir una casita en la playa, un faro, una aldea blanqueante o un bosque en la montaña. Alguien, más iluso, asegura haber visto brotar una humareda volcánica del pico de Teide.

Hasta que la isla avanza hacia el trasatlántico y

es posible distinguir todos los detalles. Santa Cruz de Tenerife se pone al fin a la vista. El buque ha quedado inmóvil. La fortuna no podía imaginar un punto de escala más dichoso para compensar las fatigas de la navegación transoceánica. Nada más pintoresco y amable que esos panoramas rientes de las islas Canarias, verdaderos jardines flotando en medio del Atlántico.

×

Contemplado desde la rada, Santa Cruz de Tenerife se muestra como una fiesta de color. Dentro del marco ocre y verde de los cerros y los sembrados, la ciudad, abierta en anfiteatro, destaca los tonos azules, amarillos, rosas, de sus apelonadas viviendas. Entre tanto, por los declives de la montaña se desparraman las quintas, los huertos, los platanales, las erguidas palmeras.

Fiesta de color. Panorama romántico, digno de la época de las fragatas a vela y en que los escritores sentimentales sabían escribir novelas tiernamente desgraciadas. Y el caso es que esta arbitraria impresión de romanticismo queda confirmada después en la excursión, demasiado rápida, a la vieja y abolenga ciudad de La Laguna. Está a pocos kilómetros de la costa, y diríase que la separa una distancia enorme. Es el tipo de la vieja ciudad, como Brujas, o Toledo, o Avila, con su silencio evocador, su soledad profunda y sugestiva. Tiene el prestigio de sus recuerdos nobiliarios, no en vano ha sido alguna vez la capital del archipiélago sede de obispos, adelantados y personajes poderosos.

Las calles, muy limpias y silenciosas, ofrecen

el encanto de sus casas bellamente pintadas. A veces se descubre uno de esos interesantes miradores de celosía, que los árabes debieron propagar por España y que presentan un aire singular, entre sarrazenos y monjil. En el interior del Perú se ven todavía miradores de esta misma traza.

×

Las Iglesias de La Laguna son bastante numerosas, y no dejan de ofrecer interés artístico, sobre todo por las tallas en madera. El templo de la Concepción es acaso donde más abundan estas hermosas obras de talla. El púlpito barroco, sin pintura ni dorados, llama la atención por su gracia y su valentía. Vense también a ambos lados del coro dos grandes paneles en madera desnuda, magníficos en su barroca opulencia decorativa. La sillería del coro muestra extraños pináculos en forma de abanicos y de un curioso sabor exótico. Como curiosidad, bien notable si se tiene en cuenta la época de la construcción del templo (final del siglo XVI), merecen observarse lo dos artesonados de buen estilo mudéjar que cubren las capillas a uno y otro lado del coro.

Un rápido paseo por la fértil meseta que rodea la ciudad de La Laguna proporciona a los ojos inolvidables delicias. He ahí un paraíso donde la dulzura del clima, la profusión, la abundancia de frutos y la belleza de los panoramas convidan a detenerse para siempre. Una vida calma y suave sería aquí, sin duda, posible como en ningún otro lugar del mundo.

Al regresar a Santa Cruz de Tenerife la carretera está transitada por estas mujeres hermosas,

fuertes, erguidas y ágiles que forman uno de los buenos atractivos del archipiélago canario. Con su típico sombrerito y su gallardo caminar, llevando cargas increíbles sobre la cabeza, ellas animan el paisaje con su exuberante feminidad y parece que lo completasen y lo hicieran más dulce y a la vez más firme.



José M.^a de Sagarra

Hay dos maneras de viajar: ahondar más en nosotros mismos o huir de nosotros mismos, y, naturalmente, entre estas dos maneras, el término medio o la mezcla de estas dos maneras. Esta mezcla acabo de hallarla yo en un viaje a las Islas Canarias, y especialmente en la Isla de Tenerife.

Tenerife es una provincia española, aunque sea una isla africana, compuesta de tierra eruptiva y con mucho más afinidad con la costa del Sahara que con la Península Ibérica. Desde un punto de vista administrativo, Tenerife es España como lo es Motril o Calatayud. Desde un punto de vista geológico, y hasta si se quiere desde un punto de vista poético, Tenerife no tiene nada que ver con España, ni con nuestra mentalidad, ni con nuestra historia. Hay en esta isla ciudades viejas de trescientos y cuatrocientos años con su tradición ibérica; viven los descendientes de esta tradición trabajando en las plataneras o disfrutando del dinero que producen las plataneras; pero esto no tiene importancia para el viajero desapasionado si se compara con la geología y la botánica de Tenerife.

El paisaje de esta isla pertenece a la clase de tierras propias para la evasión de nosotros mismos, para el puro sueño desinteresado. Si vamos con un criterio científico o con un criterio económico, las cosas pueden variar; podemos ver en un paraíso de plátanos y palmeras algo relacionado con la trayectoria de nuestra actividad, pero si el criterio es puramente moral, en el sentido más amplio de esta palabra que equivale a puramente humano, no veremos en todo lo que el paisaje de Tenerife tiene de peculiar o sea de delirante exotismo, nada más que este sueño sin interés, sin relación ninguna, sin coordinación con nuestras posibilidades cotidianas. Y en este desinterés he hallado yo toda la fuerza de evasión de mí mismo, y toda la gracia de mi viaje a las Islas Canarias. Pisar tierras sin preocupación arqueológica, sin historia que empañe mis ojos ni mis ideas, sin utilidad ninguna y sin el mínimo poder de comparación ni de deducción.

Y es que Tenerife, provincia española, es sobre todo clima africano y fertilidad africana; insospechado exotismo para nosotros, hombres de playas mediterráneas, de playas de color de miel, de color de carne o de color de limón, porque en Tenerife he visto una playa completamente negra, una playa de azabachè puro.

Esta playa negra, la playa del Puerto de la Cruz, formada por una arenilla volcánica que allí llaman picón, representa para mí el momento más agudo del sueño. Hasta ahora todas las playas que había visto en Europa, más grises o más rosadas, obedecían al concepto retórico que yo tenía de las playas. Playas naturales o playas literarias tenían sus puntos de contacto y eran todas playas de una misma familia. En Puerto de la Cruz, tendido so-

bre este negro y brillante picón, empapado de aguas azules, bajo un sol que materialmente asa la carne, he sentido más que nunca esta fina sensación de huir de mí mismo y de todo lo que me es familiar.

Si Gran Canaria vista en el mapa hace el efecto de un pastel, Tenerife tiene un parecido sorprendente con una chuleta a la parrilla. Una chuleta inmensa, jugosa, gustosísima, encima de esta fuente de ensalada desesperadamente azufrada que es el Atlántico. Y en el centro carnoso de la chuleta, la substancia de Tenerife va hinchándose hasta producir esa ampolla monstruosa y volcánica que es el Teide. El Teide representa el esfuerzo de las islas Canarias para crear algo que tenga resonancias épicas y una teatralidad convincente. Sin el Teide, Tenerife sería una extensión de tierra buena para la agricultura, para la holganza, para los acuarelistas o para los tuberculosos. Una tierra dulce, sabrosa, tibia y brillante como no debe haber otros descampados por esos mares de Dios; pero con el Teide las cosas cambian; este pezón de lava, de cuatro mil metros, algo truncado en la cúspide y con un collar de escoriaciones dentro de las cuales se refugian las nieves perpetuas, tiene la virtud de convertir a la isla de Tenerife en uno de esos rincones de la tierra en los cuales la geología se encoge y pierde su sentido básico, el «oremus», para dar a la palabra una especie de poesía cósmica y declamatoria que no os deja llegar los pies al suelo. Estas cosas como el Teide han sido la causa, sin duda, de que en el mundo se produjera la música polifónica y que los grandes profetas muriesen trágicamente después de haber anatematizado a los hombres más poderosos de la tierra.

Sin estas cosas como el Teide, los hombres no hubieran tenido sobre la Divinidad y sobre el bien y el mal, ideas tan cargadas de metal y de luces de bengala, y es muy posible que personas como Wagner o Víctor Hugo no hubieran dado tanto trabajo a las imprentas. Por esto, nosotros, hombres del Mediterráneo, aficionados a los cafés y a no complicarnos la existencia, cuando nos encontramos frente a una montaña trascendental como el Teide, nos sentimos aplanados por el exotismo y por todo lo que tiene de excesivo y monstruoso este paisaje.

×

Yo he podido digerir toda la pompa infernal de una montaña como el Vesubio, sintiendo debajo de mis pies las canciones napolitanas y las piedras muertas de Pompeya, porque todo aquello, siendo desconcertante y exagerado, no salía del clima de mi imaginación y de mis sentimientos; pero la pompa del Teide, desesperado suspiro de lava que va estirándose y va apartándose de este valle inmenso de platanales y palmeras y de palmeras y platanales, confieso que es demasiado fuerte para mis digestiones sentimentales. Echo de menos la corbata y la cabellera de Chateaubriand y un tigre atado con una cadena, que vaya haciéndome reverencias.

Todo esto lo consigno para hacer constar que el Teide, visto a través del valle de la Orotava, es el espectáculo exótico que más me ha conmovido en estas islas desconcertantes. En Tenerife, las cosas me han parecido más llenas de jugo y de elegancia que en Gran Canaria. También he visto que

aquí, como en todas partes, las rivalidades insulares se dedican a dar ideas equívocas; pero toda persona que tenga un golpe de vista imparcial, verá, viniendo de Las Palmas y llegando a Santa Cruz de Tenerife, que esta isla más fuerte y más colorida de paisajes que la Gran Canaria, contiene un perfume de historia y de tradición que en Las Palmas ha desaparecido bajo el aceite, el carbón y el movimiento del puerto. Las Palmas hace el efecto de una factoría comercial, borrosa y sin carácter; buscáis allí los quinientos años que tiene de historia, y no los veis por parte alguna. En cambio, en Tenerife os encontráis ciudades como La Laguna y la Orotava, en las cuales la piedra obedece a un estilo y la madera que la decora está llena de polilla aristocrática y de un barniz de la más pura tradición.

×

En Santa Cruz, las calles y las plazas tienen un gusto marcado de capital de provincia española mucho más que en Las Palmas. Y os produce el efecto de que en este puerto las ideas, las personas y los cafés están más ordenados y respiran a pulmón más lleno.

Pero toda la gracia de Tenerife se concentra en el valle de la Orotava. Ese valle inmenso es uno de los depósitos más ricos que debe haber en el mundo; la cantidad de bananas que sale cada año del valle de la Orotava representa una fortuna, no diré incalculable, pero sí muy respetable.

Entre el mar y el Teide, se va pasando de la flora tropical a la flora alpina hasta llegar a la lava desértica, tan negra y tan infernal como es notorio.

Desde el Puerto de la Cruz, el Teide, dulcificado por el verdor jugoso y barnizado del valle, da la impresión de un espectro fatigado y mareado por las nubes. En el Puerto de la Cruz hay cuatro barquichuelos muy pulidos y unos hotelitos como casas de muñecas. La arena del Puerto de la Cruz es negra; las playas son como una sábana de seda negra sobre estas playas cuecen sus brazos y sus piernas unas inglesas de cincuenta años bien contados. Sus esposos y sus amantes las miran desde el bar, con un inmenso sombrero de paja colocado sobre el pescuezo y unos lentes ahumados. Las inglesas, después del baño de sol, beben un poco de «tonic water» o de jugo de limón, y pasean sus ojos sobre el valle de la Orotava, exactamente igual que un caracol pasea su helada viscosidad por la superficie de una hoja de lechuga.



H. Villete

¡Tenerife! ¡Orotava! Jardín de hechizo donde parecen haberse dado cita todas las flores y donde la vida es perfumada y luminosa. Todo es allí quieto y reposado, con belleza serena.

A lomos de un mulo escalamos la montaña. Nos cruzamos con algunos pastores entrapados en sus mantas de blanca lana.

El terreno es guijarroso; piérdese a veces la traza del sendero. Felizmente la bestia sabe su camino; más bien diríase que lo adivina.

Subimos, subimos y el suelo negro va palideciendo, adquiriendo tonos morenos que varían desde el sepia al siena quemado y al moreno castaño. He aquí que la pendiente se hace más áspera; el mulo retarda el paso y hemos de inclinarnos sobre su pescuezo.

Las nubes son menos espesas. De pronto emergemos de la nube. El sol inunda de claridad el antiguo cráter de Guajara. Miles de colores juegan en los flancos de las montañas rutilantes. A trechos la nieve centellea.

En el centro de extenso circo, el Teide—dedo

monstruoso señalando el cielo—yérguese aún 2.000 metros más arriba.

Estamos en las Cañadas donde sólo se llega por tres coladas de lava. Es el desierto. Pero un desierto espléndido. Paisaje apocalíptico en el que las rocas destrozadas fingen animales monstruosos y amenazantes.

¡El silencio en el monte Guajara! Es único, sobrenatural. Y la noche límpida es pródiga en sorpresas con sus estrellas que surgen de pronto para desaparecer bruscamente.

A partir de Alta Vista, trepamos a pie. Rueda la lava en bolas bajo nuestras pisadas. Seguimos avanzando en un paisaje de infierno; el frío es intenso. Estamos como borrachos. Al fin hemos llegado.

Mientras el viento nos hiela la cara, sentimos quemarse nuestros pies: es el cráter. Aquí se va de asombro en asombro; este pico que de lejos semeja enteramente un sorbete, caliente y frío a la par, es verdaderamente desconcertante.

He aquí el día que llega. Ni la más ligera bruma en el horizonte. Percíbese en el cielo una mancha enorme: la sombra de la tierra; luego un triángulo oscuro y recortado: la sombra del Pico de Teide.

Es formidable. En cualquiera otra parte las sombras que vemos son apenas mayores que las cosas. Aquí pueden contemplarse ¡la sombra de una montaña, la sombra de un mundo!

Nuestras miradas errantes descubren de pronto las otras islas del archipiélago, que lentas van surgiendo. Y el sol, bien pronto resplandeciente, lo ilumina todo con su magnificencia. Azules, oros, rosas, los más delicados colores se combinan; aquí, muy cerca, en el mismo cráter, el oro cente-

llea, refulge, rutila; es la arena que se armoniza con los reflejos esmeralda y rubí de la lava y con trozos de azufres que brillan como topacios a la luz.

¿Cuál fué en otro tiempo la altura de esta montaña que hoy, hundida como está en el mar, aún mide 3.748 metros? ¿Se alcanzaría a ver su cima? ¿Los Atlantes soñarían siquiera en escalarla? Y llega a la mente la espantosa epopeya. ¡Aquí fué la Atlántida!

Acabo de ver los vestigios del cataclismo; he recorrido este fragmento de continente y he aquí que no me basta con ver el gigante aniquilado. Imagino su agonía, sus sobresaltos, sus terrores, sus desfallecimientos, su derrota.

La muerte es única, siempre la misma, para las cosas, para los seres, para el mundo. La desigualdad existe sólo durante el tránsito; y paréceme oír desde aquí los magníficos y espantosos ecos de sus últimas convulsiones.

Siento la impresión de acechar alguna cosa. ¡Si el Teide tornara a surgir! ¡Si el mar volviese a librar aquel combate sobre el mismo campo de batalla!

Y en lo hondo, el mar, enlazando las islas, las acaricia; fulgores transparentes se dilatan por el azul; al ras de las olas arrástranse vapores semejantes a telas frágiles y raras, en las que juegan todos los mares. Desearíamos detener estos esplendores de infinita delicadeza que cambian y se transforman insensiblemente.

Hay que descender. No existe sendero. La marcha es más penosa que en plena noche; tan pronto caminamos a cielo abierto como hundidos en desfiladeros, de tal modo que tropezamos contra sus taludes. Caminamos. Desierto y silencio.

Por fin llegamos a las Cañadas. Aterrador espectáculo. Del centro de innumerables cráteres, surgen rocas como picos. Diríase monstruosos avisperos, ántrax formidables que no se cerrasen nunca. Y mientras tanto, allá a los lejos, ¡cuánta dulzura!, ¡cuánto atractivo!, ¡cuánta abundancia! Mezcla de horror y de belleza: de espanto y de serenidad.

Horas y horas a caballo entre peñascos desmoronados de las más diversas formas: olas petrificadas que luchan, chocan y se rompen furiosas; dan la impresión de algo eternamente macizo, pesado y al mismo tiempo aéreo. Y a cada lado de estas olas en batalla, ábrese un cráter; incurable llaga del suelo.

Caminamos. Ahora marchamos sobre un terreno de ébano. Pinos violeta, coronados de esmeralda, se destacan sobre el azul intenso del cielo. En el suelo manchas claras, casi blancas. ¿Nieve? Agujas de pinos secos que ningún viento podrá llevarse.

Y en las pendientes, hacia Icod, he aquí una exuberancia, un desbordamiento de vida encantador. Este monte diabólico está bordeado de flores; este pico de la sed está en su base rodeado de torrentes, de galerías encauzadoras de las aguas filtradas de sus cimas y que forman un coro límpido y suave.

Aquí todo es claridad, encanto, armonía. Las más variadas, las más extrañas plantas crecen con furor: unas se encaraman, agarrándose a la piedra, otras caen como arrancadas, balanceándose en guirnaldas; éstas se elevan hacia el cielo, aquéllas se arrastran. Y los insectos danzan, uniendo sus voces zumbadoras al canto del agua.

En paraje alguno pueden experimentarse las formidables impresiones que asaltan aquí, porque, en cualquiera otra parte, sobre los pueblos abatidos, sobre las tierras destrozadas, la vida, la vida soberana ha creado nuevas ciudades, ha hecho surgir tierras coronadas de bosques, de mieses, de ríos, de lagos: la savia siempre ha vencido a la muerte.

Tenerife es único. Es el sitio del mundo marcado por el recuerdo. Tenerife es la vasta tumba de un continente y el Teide el obelisco inmenso.

¡Aquí fué la Atlántida!



V. Blasco Ibáñez

Por la ventana del camarote entraba un rayo de sol trazando sobre la pared temblonas y cristalinas ondulaciones, reflejo de las aguas invisibles. El buque avanzaba lentamente y al fin quedó inmóvil, mientras arriba continuaba rugiendo la música su marcha triunfal, que parecía evocar un desfile de águilas bicéfalas con las alas extendidas sobre masas de cascos puntiagudos.

¡Tenerife! Miró Fernando por entre las cortinillas y sólo vió un mar azul y tranquilo; las aguas unidas y luminosas de una bahía en calma. La tierra estaba al otro costado del buque. Y como conocía la isla por haber bajado a ella en anteriores navegaciones, volvió a acostarse para gozar despierto del regodeo de la pereza, mientras en los camarotes inmediatos chocaban puertas, se cruzaban llamamientos en distintos idiomas, y sonaba en los corredores un troté de gentes apresuradas, atraídas por el encanto de la tierra nueva.

El buque, al inmovilizarse, parecía otro. Había perdido el aspecto de mansión cerrada y bien calafateada que tenía en los días anteriores. Puertas y ventanas estaban abiertas, dejando entrar a chorros, junto con el sol, un aire cargado de efluvios

de vegetación caliente. Los pájaros cantaban en sus jaulas con repentina confianza al sentir las inmóviles. Las plantas del invernáculo parecían expandirse moviendo acompasadamente sus manos verdes, como si saludasen a las hermanas de la orilla próxima. Flores frescas que aun mantenían en sus pétalos el rocío de los campos, agrupábanse sobre las mesas del comedor. Los pasajeros asentaban sus pies con extrañeza y satisfacción en el suelo, inmóvil y firme como el de una isla, después de la inestabilidad ruidosa de la noche anterior.

×

Al salir Fernando a la cubierta de paseo, sintió enredarse sus piernas en un montón de telas vistosas, extendidas junto a la puerta, al mismo tiempo que zumbaba en sus oídos el griterío de una muchedumbre. Le pareció estar en una feria de las que se celebran semanalmente al aire libre en los pueblos de España. Había que abrirse paso con los codos entre los grupos compactos. Bancos y sillas estaban convertidos en mostradores.

Invadía el suelo un oleaje multicolor, de cálidas tintas, remontándose hasta lo alto de las barandillas y los huecos de las ventanas.

Eran mantelerías con calados sutiles, semejantes a telas de araña; pañuelos de seda de tonos feroces que daban a los ojos una sensación de calor; kimonos con aves y ramajes de oro; leves pijamas que parecían confeccionados con papel de fumar; almohadones multicolores como mosaicos; velos blancos o negros recamados de plata que traían a la memoria las viudas trágicas de la India subiendo

al son de una marcha fúnebre a la hoguera conyugal. Los productos de aguja de las isleñas canarias mezclábanse con la pacotilla chillona venida de Asia. Vendedores andaluces o indostánicos gesticulaban entre los grupos de pasajeros alabando sus mercaderías con sonora hipérbole española o con un balbuceo mezcla de todas las lenguas.

×

Ojeda se vió asaltado por unos hombres cobrizos y pequeños, de cara ancha y corta, mostachos de brocha y ojos ardientes con manchas de tabaco en las córneas. Tenían el aspecto de perros de presa, chatos y bigotudos; pero buenos perros humildes que agarrados a él ladraban con suavidad: «Señor, compra la mía colcha bonita para la tuya madama». «Señor, una echarpa, todo barato».

Los vendedores de la tierra pasaban ofreciendo cajas de cigarros empapelados de plata, con las marcas más famosas de Cuba, a pesar de que procedían de las fábricas de Tenerife. A cada momento abordaban nuevas barcas al trasatlántico, cargadas de fardos. Sus conductores subían la escala con agilidad simiesca, y tendiendo una cuerda izaban las mercaderías, estableciendo a continuación un nuevo puesto. Las frutas de la isla esparcían en el paseo su perfume tropical: impregnaba la banana el ambiente con la esencia de su pulpa de miel. Algunos vendedores iban de un lado a otro ofreciendo hamacas de hilo o grandes sillones de junco trenzado, enormes y majestuosos como tronos. No se podía caminar por el buque sin recibir empellones de la gente, golpes de sillas cambiadas de lugar, o enredarse los piés en montones

de telas. Fernando se refugió en el final del paseo que daba sobre la proa, acodándose en la barandilla de cobre abandonada por los músicos.

X

Alzaba la isla en el fondo su escalonamiento de montañas volcánicas, con cuadriláteros de tierra cultivada moteados de blancas casitas. En la parte inferior, junto a la masa azul del mar, extendían las fortificaciones españolas sus viejos baluartes, rematados en los ángulos por garitas salientes de piedra. La ciudad era de color rosa y sobre ella se erguían los campanarios de varias iglesias con cúpulas de azulejos. Cuatro torres radiográficas marcaban en el espacio las líneas de su cuerpo casi inmaterial, dejando ver el cielo a través del férreo tramaje.

Más arriba de la ciudad, en una arruga de las montañas, ondeaba la bandera de un castillo moderno: un hotel elegante al que venían a respirar los tísicos septentrionales. Y entre el muelle y el trasatlántico un anchuroso espacio de bahía con gabarras chatas para el transporte del carbón abandonadas sobre su amarre y cabeceando en la soledad; vapores de diversas banderas en torno de cuyos flancos agitábase el movimiento de la carga con chirridos de grúa y hormiguelo de embarcaciones menores; veleros de carena verde, que parecían muertos, sin un hombre en la cubierta, tendiendo en el espacio los brazos esqueléticos de sus arboladuras; rugidos de sirena anunciando una partida próxima, y otros rugidos avisando desde el fondo del horizonte la inmediata llegada; banderas belgas que en lo alto de un mástil iban a las des-

embocadura del Congo; proas inglesas que venían del Cabo o torcían el rumbo hacia las Antillas y el golfo de Méjico; buques de todas las nacionalidades que marchaban en línea recta hacia el Sur en busca de las Costas del Brasil y las repúblicas del Plata; cascos de cinco palos descansando en espera de órdenes, de vuelta de la China, el Indostán o Australia; vapores de pabellón tricolor en ruta hacia los puertos africanos de la Francia colonial; goletas españolas dedicadas al cabotaje del archipiélago canario y las escalas de Marruecos.

La isla risueña e indolente, en mitad de la encrucijada de los grandes caminos que llevan a Africa y América, parecía contemplar impasible este movimiento de la navegación mundial, mientras proporcionaba por unas horas el alimento negro del carbón a los organismos humeantes que llegaban y partían sin conocerla; festoneada en su costa por una áspera flora de chumberas y pitas; guardando tras las volcánicas montañas del litoral el secreto de sus ocultos valles tropicales; escalando el cielo con una sucesión de cumbres sobre las cuales flotaban las blancas vedijas de las nubes, ostentando sobre esta masa de vellones el pico de Teide, un casquete cónico, estriado de nieves, que era como la borla o botón del inmenso solideo de tierra surgido del Océano.

×

Alrededor del «Goethe» habíase establecido un pueblo flotante y movable que se deslizaba por sus flancos con acompañamiento de choques de proa, enredos de palas y continuos llamamientos a las filas de cabezas curiosas que orlaban los diversos pisos del trasatlántico. Eran lanchas de re-

mo, barcas de vela, pequeños vaporcitos, robustas gabarras con montones de carbón.

Filas de hombres blancos que parecían disfrazados de negros penetraban en el buque por las portas abiertas en sus dos costados, llevando al hombro grandes cestos que esparcían polvo de hulla. En embarcaciones menores había mercaderes que, puestos en pie y agitados como polichinelas por las ondulaciones de la bahía, regateaban sus telas exóticas con la muchedumbre de tercera clase amontonada en las bordas a proa y a popa. De otras barcas, cargadas con pirámides de frutos, partían al vuelo en ruda trayectoria naranjas y racimos de bananas, hacia las manos ávidas de los emigrantes que retornaban monedas envueltas en papeles. La nacionalidad del buque influía en las transacciones comerciales, y los mercaderes de acento andaluz lo vendían todo por «marcos» y por «pfnings».

×

Canoas poco más grandes que artesas iban tripuladas por muchachos desnudos, de color de chocolate, relucientes con el agua que se escurría de sus miembros. Mientras uno bogaba moviendo unos remos no mayores que palas, el otro, acurrucado en la popa por el frío de las continuas inmersiones, rugía a todo pulmón: «¡Caballero, eche dos marcos, y los alcanzo!» «¡Caballero, cinco marcos, y paso por debajo del buque!» «¡Caballero..., caballero!» Era un griterío que emergía incómodamente a ras del agua; una continua apelación del caballero para que pusiese a prueba la agilidad nautatoria de la pillería del puerto. Y cuando la pie-

za blanca caía en el abismo, el nadador iba a su alcance con la cabeza baja y las manos juntas en forma de proa, dejando la piragua balanceante detrás de sus piés con el impulso del salto. El cuerpo bronceado tomaba una claridad de marfil en el cristal verde de las aguas removidas. Se le veía agitar los miembros junto al casco de la nave, como unas tijeras blancas que se abrían y cerraban acompasadamente, hasta que volviendo a la superficie con la moneda en la boca y echándose atrás el mechón húmedo que caía sobre su frente, ganaba la canoa con una agilidad de mono y volvía a temblar de frío, implorando a todo pulmón la generosidad del «caballero».

Ojeda, ocupado en seguir las evoluciones de los pequeños buzos, sintió de pronto que le tocaban en un hombro y que alguien se acodaba en la baranda junto a él.

—¿Pero usted no ha querido bajar a tierra?...

Maltrana levantó los hombros. ¿Para qué?... Habían salido de buena mañana algunos vaporcitos llenos de pasajeros; familias mareadas aún por el balanceo de la noche y ávidas de asentar el pié en suelo firme, damas rubias que soñaban con excursiones al interior olvidando que el buque sólo iba a detenerse el tiempo necesario para hacer carbón; unas cuatro horas. Hasta un señor alemán, que todos llamaban «doktor», sin saber ciertamente el por qué del título, le había preguntado, al enterarse por primera vez de que Tenerife era isla española, si tendría tiempo para presenciar una corrida de toros. Y Maltrana reía pensando en la posibilidad de una corrida imaginaria, a las siete de la mañana, organizada a toda prisa para dar gusto al «doktor».

Todos en el buque deseaban llegar al término del viaje. Maltrana veía un signo de impaciencia en la rapidez con que los pasajeros cambiaban de vestidos, creyendo haber avanzado considerablemente, cuando aun estaban cerca de Europa. Todavía era invierno, pero muchos, ilusionados por la marcha hacia el Sur, habían creído oportuno al tocar en Tenerife subir a cubierta con trajes de verano, gorras blancas o sombreros de paja. Las señoras, que en los días anteriores iban por el buque con gruesos paletós hombrunos, envueltas en velos como odaliscas, mostraban ahora la rosada pulpa de su carne a través de los encajes de las blusas.



Santiago Rusiñol

Las costas de España van pasando, y los cabos, las playas, los faros, las cordilleras y las montañas nos recuerdan un mapa en relieve, polvoriento por el tiempo y sucio de alquitrán, que habíamos visto cuando chicos en casa de un capitán de barco, entre las dos bolas de Montjuich y una estampa del «Numancia».

Al llegar más lejos, vemos un peñón que parece nacido en medio del Océano. No nos tienen que decir que es Gibraltar. De color de lámina alemana, se refleja encima de las olas con majestad aparatosa. Rodeado de buques de guerra, guardado de grandes muros, lleno de cuevas con bocas de fuego y coronado de cañones, parece una montaña armada que se hace cargo de lo que representa; una montaña vanidosa, como un inmenso barco sobre la roca; un pedazo de Naturaleza de la cual Inglaterra ha hecho un monstruo. Al salir de allí entramos en el gran mar, y como si las olas estuvieran enteradas de que el gran mar es una grande cosa, ensanchan el manto de espuma y se agitan en imponente espectáculo.

Todo el mundo sube a cubierta, mira para allá, mira al infinito. Y pasa una cosa extraña: que,

movidos por una fuerza misteriosa, todos se ponen a cantar, quien a media voz, quien a grandes gritos, como si no valieran las palabras para decir adiós a lo que se deja en aquella tierra azulada. El acordeón se queja más que nunca; una chica reza una canción, apoyada en un montón de cuerdas, con los ojos fijos en la lejanía; unos italianos organizan un coro y cantan el «Vorreii» y la «Stella», y aquellas canciones, tan pobres cuando se oyen tocar en el piano por las niñas sentimentales, en el barco adquieren un tono de añoranza, que hace amarlas y perdonarlas.

Una cómica italiana abraza a un niño y le besa la frente, y por encima de la baranda los emigrantes sacan la cabeza, oteando el horizonte.

×

A los cuatro días de navegar, allá, al final, se ven unas montañas completamente rodeadas de mar. Cuando la tierra es rodeada de mar, por poca geografía que se sepa, es fácil adivinar que se trata de una isla.

Aquella Isla es Tenerife. A medida que uno se va acercando, lo que parecía una sombra grisácea son altísimos montes en cordillera; las manchas son peñas inmensas, y lo que semejaban aves en descanso son las costas de Santa Cruz de Tenerife.

Santa Cruz es un montón de casas que parece que bajan de la montaña y se paran al pie del mar. Es una villa completamente rosada: las casas, con tonos de pergamino; las azoteas, de encuadernación; los muros, de áncora oxidada. Por entre las casas se ven platanares, y entre los platanares, las

ventanas, todas pintadas de tonos de sol: verde, azul claro, azul marino, rosa de piel de grana, pero como si todos estos colores hubieran estado polvoreados con oro. Un pueblo con aquellos tintes que sólo los tienen las islas.

El «Argentina» echa anclas cerca de otros trasatlánticos, y un remolcador nos lleva a tierra.

Lo primero que se ve son estas casas especiales que hay en todos los puertos de todo el mundo. Así como se habla de una arquitectura religiosa o una arquitectura civil, a ésta se la tendría que llamar arquitectura carabinera.

Barracas blancas con fajas encarnadas; fielatos con techos de palmas; básculas, palos, depósitos y muelles llenos de cajas y toda clase de señales, con un guarda en cada sitio, que está tomando el sol como una lagartija.

Al entrar en la población todo es limpio, ordenado, con olor a colada. Las tiendas parecen juguetes, que se tienen para pasar el rato en ellas; dijérase que no quieren clientes, en evitación de que les ensucien los mosaicos. Las aceras son lisas y limpias, y el forastero no se atreve a pasar por encima por miedo a estropearlas; aquí y allá se ven patios pequeñitos como una caja de juguetes; y persianas pequeñas, y porticones, y chimeneas sin humo, para no ensuciar el techo, y en medio de todo esto una gran plaza, lisa y limpia como una azotea: aquella plaza de las islas, para estar oyendo el ruido del mar y tomar el sol.

×

No vemos a nadie por las calles; pero, de pronto, nos enteramos por qué. Venía un entierro (casi íbamos decir que habíamos tenido la suerte de

ver un entierro), y en la comitiva iba todo el mundo, sin contar al muerto, que también estaba allí. Como era persona oficial, según los símbolos de la caja, figuraban en el cortejo todos los elementos. Al ver tanta autoridad, todos de levita y sombrero de copa, no sé por qué me vino la idea de que aún teníamos colonias. Iban treinta gobernadores, treinta señores, o que a lo menos tenían aspecto de serlo: intendentes de esto, delegados de aquello, empleados de todos los ramos, de todas clases de oficios. Una vez pasada la comitiva, las calles quedaban desiertas, y no se veía otro destello de vida que el fuego de algunos ojos negros, encendidos como llamas detrás de las persianas verdes.

La vida se hallaba abajo, en el puerto. Cuando empezó a oscurecer y a encenderse las luces en los muelles, lo que vimos desde el barco no se nos olvidará nunca más. A medida que se extendía el crepúsculo, de arriba, de abajo, de todos lados fueron saliendo puntos de claridad, azules, verdes, encarnados, de todos colores; unos como gnomos, resbalando por encima del agua con su cola de plata; otros que temblaban en la oscuridad sobre las torres de las iglesias; otros solitarios, en lo alto de los mástiles. Al quedar encendidos, los trasatlánticos se preparan para marchar. Rugen las sirenas, retumbando el eco en el fondo de las montañas; silban y cantan los marineros; ruedan las cadenas; chirrían las grúas; resoplan las máquinas, y al salir cada vapor, radiantes de luz como una brasa inmensa, adioses que parecen llantos rebotan sobre las olas.

Después de Santa Cruz, mar, mar, y siempre mar... Diríase que hay más agua de la que señalan los mapas. Y es que, como están hoy las cosas, ni en los mapas se puede creer.

Cristóbal de Castro

Desde los torreones del hotel, lejanamente azul, el mar parece un lagó de poema. Con los gemelos, en los vapores fondeados, se divisan los marineros en trajín; vense remolcadores y lanchitas, y, blancamente airoso, aleteando sus latinas velas, un pailebot se echa a volar.

Detrás del puerto, y abrigándolo, cordilleras de lomo azul sienten el roce de las águilas. Sus faldas, de tejido agreste, sustentan blancos caseríos, y los tranvías, en zig-zag, suben y bajan tremolando el «trolley». Santa Cruz, como Nápoles, moja sus pies de casas en el mar y toca su cabeza alta con el recio pensar de las cordilleras.

Del cuño de su mundial puerto salen a diario monedas y billetes de todos los países; en los letreros de sus tiendas palpita el intercambio universal; una taberna pobre llama a los marineros de todo el mundo, «Vinos—Vins—Vini—Viens», y, por la tarde, en el muelle, muchachos casi en cueros corren tras los carruajes de turistas:

—¡ Señor, un «pfennig!» ¡ Señor, un penique!
¡ Señor, una lira!

En esta conjunción mundial, damas inglesas o alemanas, lujosas bajo sus sombreros llamativos,

departen, guía en mano y entre chapurreas, con vendedoras de frutas o de leche, descalzas y morenas bajo el Sol. Ingleses de casquetes a lo Stanley entran en las tabaquerías escoltados por indios de camisas verdes. Negros ricos, relucientes de anillos caros, se internan en callejuelas sospechosas...

Este es el pan exótico, aunque diario. La médula vital de Santa Cruz, sus hombres ricos y sus damas bellas, están ahora en La Laguna. Y a La Laguna habrá que ir según el sabio parecer de estos amigos, cuya amabilidad será para mí histórica.

A más, en La Laguna hay fiestas. Hay una romería tradicional, que atrae gentes de la isla toda, y en la ancha plaza, grande como un prado, habrán de congregarse millares de romeros. Ya en Santa Cruz se notan los preparativos; el servicio de los tranvías se dobla, y en el muelle, delante de los guardias, se disputan los asientos a puñetazos. Resignémonos, pues, a la lucha por el tranvía y demos a Dios gracias de habernos instalado sin percances.

×

Ya es de noche y la jardinera, como un rayo, atraviesa de Sur a Norte Santa Cruz. Todo el viaje es cuesta arriba, hacia los montes, bajo la claridad de las estrellas y entre el rumor lejano del mar.

En las afueras, a lo largo de barriadas con hoteles, hallamos los primeros carros de romeros. Se oye el gritar de los «agigides», extraño y bronco, de una alegría rústica y brava, y entre palmas

y banderolas, de pie en los carros, las campesinas «magas» palmotean. De vez en vez, entre la sombra, melancólico y pensativo como un caid, un «mago» grita a su camello: «¡Tuchel!», y, mansamente suave, el animal endereza su cuello estóico.

El conductor repiquetea el timbre, y el tranvía, como una exhalación avanza por la carretera, con el aire resuelto de un caudillo. Grupos de campesinos a pie se alumbran con faroles, y a su mezquina claridad mocitas «magas» alzan los brazos en señal de júbilo. En la frescura de sus trajes claros hay un primor de Romería; a veces hacen alto bajo los árboles, y se las ve, morenas y floridas, bailar «saltonas» sobre las cunetas.

El nocturno es intensamente bello. Bajo los cielos altos y suaves, el campo se alborozaba con las canciones. Los caseríos se iluminan, y muchachas con palmas gritan delante de las puertas rústicas.

Nuevos carros avanzan, flameando sus colchas como las velas de una embarcación. Bajo la claridad de sus faroles, bueyes decanos se azotan los ijares mansamente, y por las majestades del crepúsculo dilatan sus tristezas las «folías»:

«Toma ya mi corazón
y estrújalo en tu regazo
como estrujo yo el zurrón
del «gofio» cuando lo amaso».

×

La Laguna está cerca. Sus luminarias y cohetes indican la salida de la procesión. En las afueras, grupos de señoritas con vestidos claros curiosan la entrada de los peregrinos. Voltean las

campanas; corren muchachos bullangueros; a las ventanas, y de pechos sobre colgaduras, niñas morenas y ojerosas se turban al rumor de fiesta. Por ciento y por miles, en avalancha, corremos a la plaza de San Francisco, cuya extensión pasmosa está llena de arcos y de templetes.

Crujen cohetes; suenan los estampidos de cien bombardas, y entre las nieblas de humo, sobre sus andas de piedad, Cristo enclavado abre sus brazos de martirios.

De pronto, las colinas se incendian. Como titanes irritados, lanzan blasfemias de rescoldo y luz. Se rasga el cielo entre resplandores apocalípticos, y un volcán de metralla y de cohetes encrespa sus cabellos sobre los montes. Miles de personas, sorprendidas, hemos sentido el terror pánico. En nuestros corazones ha pasado el frío singular de las tragedias telúricas, y el cataclismo artificial ha puesto en nuestras frentes un sudor de angustia.

Cuatro jóvenes «magas» se han santiguado de terror bajo sus mantos negros. Y una parranda novia, con cantar atávico, entre «ajijides» bruscos y tocando palmas, ha cantado este intenso «tajaraste»:

«Chá, chabarrabarrá,
vírate p'acá, cha Mariya;
cha, chabarrabarrá,
vírate p'allá, cho José...»

×

La sobriedad de estos isleños es portentosa. No tiene par sino es entre andaluces. Y cuando se les ve, recios y fuertes, maniobrar en el puerto entre

gabarras o resistir, en pleno campo un día de sol, el alma lírica sueña en la raza guanche, ruda y briosa, y, en la alta noche, por los riscos, vagan, gentiles, caudillescas, las sombras de Bencomo y Tinguaro.

En los pueblos de pescadores es el «chesne» plato insustituible y casi único. Pescado en salazón, se empapa en una salsa muy picante, «el mojo», y a la escudilla en que se sirve acuden todos a comer.

Los campesinos se alimentan principalmente de «gofio» y papas. Este «gofio» canario, como la polenta napolitana, como las «gachas» andaluzas, sustituye al pan con ventaja. Es harina de trigo, antes tostado, molido en el molino familiar. En muchas casas campesinas aun se conserva la costumbre guanche de fabricar la harina, echando el trigo entre dos piedras y haciéndolas girar manualmente. Hay también por los cerros, evocadores del Quijote, molinos de viento. Y en el campo y en la ciudad el «gofio» priva como plato tradicional, bueno y simbólico.

Sorprende ver a las mujeres pobres, llevando todas sombrero, como señoritas. Y sus agilidades porteando a la cabeza cestos y cántaros, descalzas y morenas bajo el sol, les dan un aire bíblico y de leyenda. Algunas de estas «magas», despeinadas y melancólicas junto a la fuente, evocan días evangélicos, vírgenes de Samaria o de Cananea, prontas a dar su cántaro a Jesús. Y en la grave apostura de estos hombres, serios y varoniles bajo su «cobija», como los centuriones bajo su clámide, está, pintado por los siglos, su espíritu guanchesco, noble y leal.

Trabajan en silencio tenazmente, sin más gesto

,del alma que el de sus cantares, tardos, lentos y evocadores de su raza.

Son en los puertos duchos al trajín, hábiles en el remo y en la descarga, conservando en la gran feria marítima, íntegra y típica, su fisonomía isleña. Hablan, entienden, mejor dicho, el habla de varios idiomas, pero a todos los sellan de un tonillo lento, perezoso y con dejos tropicales.

En las festividades de sus campos dilatan los cultivos varia y seguramente. Desde el castaño al platanar, estos isleños, ágiles, saben el arco iris agronómico. Hacen de tabaqueros, compitiendo con los de Cuba, y trillan en las eras sus cereales con gravedad tenaz de castellanos.

No hay pueblo en todo el mundo que, como éste, vaya tan a la par con su naturaleza. Si un día el suelo aquí produce higueras imperiales de la India, al siguiente hay isleños que las cultivan con el primor y la eficacia de afghanistanes. Si un japonés teje aquí sedas, a la semana hay campesinas que, en sus telares burdos, tejen las sedas portentosamente.

Y toda esta potencia vana, que por la tiefira y por el mar prodigan a diario estos isleños, no tiene otro coéficiente nutritivo que el del «gofio», que es sólo harina y agua, y el del «chesne», que es un pescado en salazón, y el de las papas, cuya potencia alimenticia no es, de fijo, tan milagrosa como la del maná.

Pero éste, que es un pueblo melancólico, tiene una sed espiritual inmensa. Por eso aquí los cantos típicos acrecen su influencia. Por eso aquí, en las chozas magas se mece a los chiquillos con el «arrorró», y el «arrorró», materno y suave, duerme a los niños ricos en sus cunas. Por eso las

«folías» suenan en la guitarra rústica lo mismo que en el piano de salón, y el corazón de las mujeres, debajo de las armillas o del corsé, late al unísono ante «las saltonas».

Este baile, tan típico y tan bello, tiene decoros sensuales. Las parejas jamás se rozan; un muro de invisible honestidad separa las enaguas del pantalón, y a un ritmo semejante al del fandango las mocitas, risueñas, danzan. De noche en la penumbra de los caseríos, bajo palmeras de gentil plumaje, las guitarras sollozan como mujeres. Y las saltonas brincan, jóvenes, castas en su jovialidad de aldea, sin otra libertad sensual que la negrura de sus ojos, sin más desenvoltura que los desrizos del peinado.

En el claror de sus vestidos hay como un oriflama de candidez, y en los hoyos de sus ojeras se entierran los suspiros novios.

Esto, el recato y la prudencia, caracterizan «las saltonas». Y no os podéis imaginar vosotros, los del tango con molinete, qué tónico tan sorprendentemente sabroso es este baile con pudor.



J. Francos Rodríguez

El barco de guerra es incómodo; su navegación, obligadamente lenta, enoja; pero hay que felicitarse de haber ido a América en el «España»; primero, por el honor de hospedarse en compañía de nuestros soldados; después, porque las asperezas de lo material inclinan al alma a las reflexiones; parece que la depuran, advirtiéndola que es necesario para bien y brío del pensamiento impedir que se entregue a la placentera molicie.

Desde lo alto del puente, la mar parecía una inmensa laguna. Nubes nacaradas limitaban el horizonte, formando un circo gigantesco. El lucero de la tarde brilló tímido y a medida que las sombras cuajaron, crecían en intensidad los fulgores de Venus, que al fin se impuso con el imperio de la noche, obligando a palidecer a las otras estrellas, colgadas en la sublime amplitud del firmamento.

Cuando alboreaba el día 14 contemplamos las costas de Tenerife; al principio grises, desnudas de vegetación, interrumpidas de vez en cuando por las manchas blanquecinas o rojizas de los caseríos. Después nos sorprendió el espectáculo de la ciudad de Santa Cruz, alegre, simpática, tendida en sua-

ve pendiente, sobre la cual, y para referir bien los pormenores del panorama, caían los rayos del Sol, ardoroso.

×

Desde las primeras horas de la mañana hasta bien corridas las doce de la noche de aquel día 14 de octubre, no tuvimos ni un instante de calma. Desembarcamos entre aclamaciones a España y su Rey; hubo recepción, desfile militar, paseos brillantísimos por la población engalanada y con el estrépito ensordecedor de millares de personas que, apretujándose en los trayectos recorridos por la comitiva o estacionándose frente a la Capitanía general, daban señales ciertas de su vehemente patriotismo.

¡Qué efecto tan simpático nos produjo Santa Cruz de Tenerife con sus calles pintorescas, su Museo provincial, donde la curiosidad científica ha reunido interesantísimos datos etnológicos, y los principales edificios de carácter oficial que vimos! Todo lo contemplamos aceleradamente, en un vuelo, como si estuviésemos impresionando una cinta cinematográfica. Después del almuerzo oficial, en coche a La Laguna, donde admiramos algunas casas típicas españolas de los siglos XVI y XVII; desde La Laguna, a La Orotava, donde nuestros ojos se asombraron con lo espléndido del panorama. Sobre los campos se extiende una magnífica alfombra tejida con verdes de varios matices sobre los cuales bordó la Naturaleza el primor polícromo de las flores. ¡Valle de La Orotava! Muchas veces te encomiaron poetas y visitantes, poniendo en la alabanza los mayores extremos. Ninguno fué li-

sonja ni acaso pudo llegar hasta lo debido en el elogio, porque la mejor manera de ensalzarte es verte, y después de haberte visto, cerrar los ojos para que la memoria guarde bien tus primores. En cuanto al Teide, desde lejos le saludamos, admirando su señorial grandeza; su pico airoso y dominador, erguido sobre la isla entera como para dar testimonio de lo que vale.

×

El regreso a Santa Cruz fué aún más presuroso, que el paseo de ida. Todo lo recorrimos vertiginosamente entre el vibrante clamor de las muchedumbres y las demostraciones exquisitas del elemento oficial. Repitióse por la noche el banquete, y desde el banquete nos encaminamos al Teatro para asistir a la Fiesta de la Raza. Durante la sesión sonó muchas veces en discursos y composiciones poéticas el nombre de América y de la madre Patria; fué desbordante el entusiasmo, y al fin de la jornada calenturienta, en la que se sucedieron vítores, agasajos, emociones, muestras de cariño, briosa sinfonía de amores y esperanzas, retornamos al barco, que había hecho su primer repuesto de carbón e inmóvil sobre la bahía ofrecíanos para el reposo el silencio augusto de la noche y la tranquilidad ansiada del lecho.

A las seis de la mañana del día 15 zarpó el «España»; seguían sumisas las aguas del mar; tardamos mucho en perder de vista la masa de Tenerife, y al saludar a la isla por última vez, nuestro adiós no fué para ella, sino para la Patria entera; sin embargo, aún nos quedaban por ver pedazos españoles surgiendo del Océano. Frente a Santa Cruz

divisamos lejanamente entre brumas a Las Palmas, más tarde vimos la isla de Lanzarote y luego la de Hierro. Por asociación de ideas despertaron en mi ánimo, no diré remordimientos, pero sí reflexiones vivas acerca de la necesidad que tiene la política española de interesarse mucho por el desarrollo de las Canarias. Un paseo por Santa Cruz de Tenerife basta para deducir lo que merece todo el archipiélago. El recuerdo de lo que se hace en la Península sobra para comprender que no se procede justamente. Los que desde América vienen a España encuentran nuestra tierra antes de atracar en puertos peninsulares y la tierra que encuentran es por todos conceptos digna de que la realcen atenciones esmeradas que al fin producirán provecho a quien las otorgue...



J. Ortega Munilla

Avanzamos hacia Santa Cruz de Tenerife. Ya se divisa la población bajo el cielo azul, sin nubes, al pie del Teide que hunde en la altura su cono pétreo salpicado de manchas niveas. Hemos dejado atrás las otras islas Canarias, que con sus montañas ingentes y sus valles floridos nos llaman, invitándonos a detenernos. Por momentos va surgiendo en el caserío de Santa Cruz la perspectiva de sus palmeras, de sus terrazas orientales, de las cúpulas de sus templos. Por la derecha descubrimos los bravíos Roquetes, una serie de sirtes, éste parecido a un pilón de azúcar, aquel aplastado y largo, el otro dentellado como una sirena.

El «Reina Victoria Eugenia» se ha detenido, dejando caer su ancla con ruido ensordecedor de cadenas. Llegan lanchas de vapor, botes, barcazas con carga y una muchedumbre animada invade nuestro barco. Son los amigos, los parientes de los pasajeros que van a descender a tierra. Con ellos vamos a Santa Cruz. Un rápido paseo en automóvil nos muestra como en proyección cinematográfica las bellezas de esta ciudad maravillosa. Los paseos están llenos de gente. Una música militar toca en el centro de alegre glorieta. Pasan por

centenares las mujeres del pueblo con su redondo sombrerito de paja, que es el más gentil adorno que ha inventado el genio de la indumentaria. Este sombrerito cae con la misma gracia sobre la cabeza de la anciana que sobre la de la muchacha. Algunas de estas, caballerías en pollinos, sobre los cestos de verduras y aves, parecen arrancadas de un cuadro de Wateau. La maravillosa hermosura del país exigía de la humanidad que en él mora un esfuerzo de ingenio para que no se quebrantara la unidad del arte. Ha bastado la feliz invención del sombrerete femenino para que el prodigio se realizara. Al llegar Chateaubriand a la isla de Candía, cuando hizo su famoso viaje a Jerusalén, vió que a la sombra de los bosques de mirtos, poblados aún de sombras olímpicas, estaba una multitud de mujeres desgreñadas y sucias. El dijo: «Raza miserable y decaída; ni siquiera sabes adornarte para ser digna del paraíso en que Dios te puso». Si el padre de René hubiera venido a Tenerife habría entonado un himno admirativo al contemplar las prácticas de doncellas tinerfeñas que rinden a su patria sin par el homenaje de la gracia de sus gentiles pergenios.

×

A las sombra de floridas arboledas, en grata compañía, dejamos pasar las horas envueltos en la dulce atmósfera, que tiene algo de caricia femenina. Pero ya nos llama el vapor con su ronca sirena. Hay que partir. Todavía no nos resolvemos a levantarnos del asiento en que descansamos. Nos retiene el hechizo de esta tierra bienhechora y atractiva. ¿Si desertáramos de la nave que eleva

sobre las olas su mole blanca y reluciente, si nos quedáramos aquí por largo tiempo, olvidados de las obligaciones ásperas del vivir? ¿Si diéramos fin a nuestro viaje? ¡Qué alegre calaverada! ¡Luego iríamos a la Orotava y a La Laguna! Más tarde ascenderíamos por la empinada cumbre, en busca de aire frío y de las umbrías donde la nieve perdura bajo el sol africano. Y cuando el sol se ocultara y la noche extendiera sobre los ámbitos celestes sus millaradas de estrellas, iríamos a un peñón de la costa para gozar del infinito placer de anegarnos en el baño de perfumes que tierra y mar exhalan en la serenidad de un ambiente dulce como los brazos de la esposa. Y veríamos en las estribaciones del monte de Taganana el resplandor del faro que envía sus haces luminosas hasta 33 millas de distancia, cruzándolos con los de La Palma y la Gran Canaria en un diálogo de centelleos.

No, no es posible. Nos arrancamos a la seducción de la isla Afortunada, que debe esconder en sus entrañas minas de imán de amor, según sujeta al viajero.

La canoa de gasolina que nos conduce salta sobre las olas como un caballo mal domado, y nos envuelve en una pulverización de espumas marinas. Van con nosotros al «Reina Victoria Eugenia» varios indios de los que aquí ejercen el comercio de telas y bujería, para ofrecer a los pasajeros sus artículos. Vestidos de blanco, sus rostros cobrizos y oleosos y sus negrísimas cabelle- ras, se destacan duramente. Hablan en su idioma, en aquel idioma que difundió por la tierra las primeras fábulas, aún mozas y frescas no obstante el paso de centenares de centurias. Ríen, bro-

mean. Están contentos, augurando un buen negocio. Van a cobrar el tributo sobre la curiosidad y el tedio de los navegantes.

×

Ya estamos otra vez en el puente del trasatlántico, del que no saldremos más en doce días, hasta que arribemos a Montevideo. Esta encierroña y el anuncio de que vamos a estar tanto tiempo sin ver otra cosa que cielo y mar da a la despedida que dedicamos mentalmente a las Islas Canarias una nota de melancolía. Nos endulza la partida la esperanza de tornar a estas islas prodigiosas. Sí, volveremos, volveremos... No decimos ¡adiós!, sino hasta luego.

Apoyados en la barandilla de la cubierta miramos las aguas en las que un muchacho bucea para recoger las monedas que los pasajeros le arrojan. Esas aguas son de un color azul turquí, diáfanas, ligeras, luminosas. Diríase que son éter en el que se hubiera disuelto una losange del cielo. El muchacho nadador penetra en lo profundo y su cuerpo cobrizo parece en el baño de agua y luz una fina estatuilla de coral. Allá se queda él nadando incansable mientras el vapor zarpa y en tanto que las primeras paletadas de la hélice rompen las olas.

Pronto se habrá desvanecido el perfil de las cordilleras. Y de todo este momento de dicha no restará en mí sino esa huella dolorosa que se llama recuerdo.

Angel Guimerá

Una noche, en Barcelona, recibí la visita del poeta isleño, Tabares Bartlett. A sus primeras palabras adiviné de dónde venía, y cuando apenas conocía su nombre y nada que se refiriese a su persona, ya me era muy simpático.

Mi visitante hablaba el castellano sin el ceceo de los españoles de la Península, y con el dejo reposado y bondadoso de los hijos de Tenerife: y yo, que había sentido aquella manera de hablar tan dulce y halagadora, en boca de mi madre del alma hasta el instante de su muerte, experimenté gran placer, deslizándose nuestra conversación sobre cosas de aquella tierra lejana donde ambos hemos nacido, recordando costumbres y parajes y nombres peculiares de la isla tinerfeña, que no he tenido la suerte de volver a ver por más que siempre he sentido y sentiré por ella y por todo el Archipiélago gran amor y entusiasmo.

Mi simpatía fué en aumento al enterarme de que él, lo mismo que yo, era un enamorado constante de la bella poesía, a la que dedicaba también canciones apasionadas. Y ya éramos francos amigos y compañeros como si nos hubiéramos conocido de toda la vida, cuando, a ruegos míos;

comenzó a leer el manuscrito de su poema, todavía inédito, «La Caza».

Y entonces sí que ví con admiración, con los ojos del alma, como entreabrirse los horizontes, surgiendo del fondo del mar la isla maravillosa del Teide, que venía hacia mí merced al caudal que iba manando de la fuente abundosa y transparente del poema, mezclado quizás con mis primeros recuerdos de la infancia y con lo que yo había oído contar a mis padres de aquellas tierras benditas, donde no hay víboras, y de aquellos cielos de donde huyen las tempestades; que tiene aquellas playas salitrosas, negras y brilladoras, y aquellos molinos de viento, esparcidos por doquier, que yo veré siempre con sus brazos larguísimo revolotear, y cuyas sombras al pie de sus torres, que me parecían muy altas, unas veces se extendían y otras se acortaban en sus revueltas infinitas.

×

El poema del señor Tabares fué para mí un encanto en toda la extensión de la palabra. Durante su lectura me olvidé en absoluto de donde me hallaba; de que me encontraba en medio de una ciudad populosa, en una hora de anochecer en que venía a nosotros desde la calle el rumor de la gente atrafalgada que de uno a otro extremo la invadía.

Parecía encontrarme en medio de encantadoras comarcas que invocaba el bello sentir del poeta, con sus vegetaciones ásperas, a la vez que verdeguantes y enrojecidas, con sus barrancos profundos, donde las lavas salidas de los cráteres de

los volcanes habían dejado una estela de muerte.

Pasó después el poeta a enaltecer, haciéndolo con igual maravilla de expresión, la hermosura de Tenerife, en otro lado de la isla, con motivo de una cacería en campiñas lozanas de sembrados, con castaños repletos de frutos.

Y una vez terminada la cacería, da a conocer en su poema la vida campestre de la gente nivarra, valiéndose de estrofas de tanta exquisitez como la que voy a copiar siquiera sea por la satisfacción que experimenté al escribirla yo mismo:

Vieja locuaz o recatada moza
aderezan la loza
sobre limpio mantel de sus telares;
y la mesa de negro barbusano
preséntala el villano
más blanca que la espuma de los mares.

Mientras, el sol camina a su ocaso, y, sin pena alguna en el alma, el cazador torna a su hogar cantando las excelencias del paraíso canario; que es tierra bendita, tierra de luz, agradecida, sana, fecunda y generosa, como lo son las generaciones que nacen en su falda y se nutren en sus pechos de madre amantísima.

Y cuando llegó el señor Tabares a este verso, con el cual cierra su poema: «¡Oh, diosa sin rival, bendita seas!», sentí sinsabor de que hubiera acabado tan pronto. Lo escuchaba con tanto placer, que si me hubiese atrevido, le hubiera rogado al ilustre escritor que empezase de nuevo para disfrutar segunda vez de tan sabrosa lectura.

Esto es, narrado al correr de la pluma, el poema

admirable, canto inspiradísimo a la tierra nivaria en que se aspira el suave y rico perfume de sus boques frondosos y de sus playas salobres, donde las mareas, como sobre las páginas de un libro, extienden sus estrofas...

×

Canten siempre los poetas esa isla soberana. Reveréncienla en todas sus manifestaciones de vida y fortaleza. Estudien cada vez con más ahinco y detenimiento sus virtudes y sus aspiraciones más íntimas. Revuelvan sus entrañas, tanto las espirituales, donde se alberga su conciencia, como las materiales, escudriñando en lo más recóndito de sus cuevas, que son páginas todavía no borradas del libro de su historia, reliquias santas del martirio y destrucción de una raza.



M. C. Wiart

Tenerife es apenas africana. Es más bien un rincón de la España andaluza, con admirables perspectivas de tierra y mar, bajo un clima exquisito. A lo lejos el Pico de Teide se descubre en el alba nacarada. El puerto de Santa Cruz presenta un aspecto animadísimo. La pequeña capital se despierta a la voz clara de sus campaniles. Pero en los alrededores, las quintas recostadas en los flancos de la montaña prolongan todavía su sueño, bajo su vestido de adelfas y clématides.

La isla que recorremos en auto nos revela en una marcha prolongada de algunas horas, sus riquezas y sus bellezas. San Cristóbal de La Laguna, Tacoronte, Orotava, datan de los primeros años de la conquista. En las calles estrechas y señoriales, nos sorprenden las soberbias casas solariegas, de altas fachadas de piedra, con rejas y escudos labrados. Y en las iglesias del siglo XVI, que parecen hermanas de nuestras iglesias del oeste flamenco, las devociones populares iluminan, entre los ex-votos, los bordados y las pedrerías, conmovedoras imágenes de Cristo y de la Virgen.

La España, mística y caballeresca, hace aquí una vida moderna y elegante, de la que los extranjeros ingleses participan en gran parte. Es principalmente el Valle de la Orotava lo que los atrae. Dominado por el Pico, y enmarcado por un bello panorama marítimo, está tapizado de verduras y de frutos. Su belleza justifica la admiración que experimentó por él el gran viajero Humboldt que lo celebró en exaltado lirismo.



Eduardo Zamacois

Mientras el «Delfín» nos llevaba a Canarias, una de las provincias españolas más bellas y acaso la más olvidada de nuestros desmemoriados y desgobernados Poderes públicos, el archipiélago, célebre en el mundo por sus paisajes, sus flores, sus frutas y sus pájaros, se presentaba a mi espíritu como un remanso silencioso, como una tierra triste, indiferente, en absoluto desasida de las corrientes del progreso universal. Y así, mi sorpresa y mi regocijo fueron vivísimos cuando, a poco de desembarcar en Santa Cruz de Tenerife, comprendí hallarme en uno de esos pueblos excepcionales donde —como en París, como en la Habana—, instintivamente, todos los viajeros de dos continentes, al pasar, dejan su dinero y con él su alegría.

A Santa Cruz, como a Las Palmas, su hermana, se les ha llamado con razón y bellamente, «Las posadas del Atlántico», porque en sus puertos fondean todos los buques de Europa y América, y muchos de los que luego derivarán hacia las lejanías del Cabo de Buena Esperanza.

Pero es, sin duda, la que deja en la memoria de los peregrinos una impresión más grata. A Tenerife no hay que ir a buscarla, como a Las Palmas,

en automóvil o en tranvía, pues agasajadora y cordial, se acercó a la playa, para antes recibir a sus visitantes y hacerles así la llegada más grata. Medio española y medio americana, por la esterna benignidad vernal de su clima, por la gentileza morena y elástica de sus mujeres, por el carácter llano, hiperbólico, imprevisor y simpático de los habitantes, Tenerife, especialmente, es una feliz prolongación de Andalucía; es «la mano», que Andalucía le tiende a América...; una mano campechana y alegre que sabe tañer guitarras y brindarnos un vaso de vino; una mano fraternal, hospitalaria y noble, que vale un corazón...

×

No tiene, sin embargo, la capital tinerfeña—y de ello debe congratularse—la dureza que las guerras, el fanatismo religioso y las violencias pasionales de nuestra raza, dejaron en la arquitectura de las ciudades andaluzas, con sus callejas retorcidas propicias al crimen y sus ventanas estrechas, defendidas por rejas carcelarias. Esa melancolía claustral, ese «miedo al hombre», esa constante «esclavitud de la mujer», no pasaron el mar. Las calles de Santa Cruz, como las de todas nuestras ciudades coloniales, son anchas y rectas, y la mayoría de las casas de uno o dos pisos; las fachadas, revocadas celosamente de blanco, de rosa o de azul, dan a la población, vista desde el mar, una policromía jocunda de jardín. En las ventanas no hay rejas; las puertas están abiertas; y estos detalles de cordialidad se apoderan pronto del ánimo del forastero y le conquistan.

—No tenga usted miedo; aquí la vida es fácil;

confíe usted en nosotros, como nosotros confiamos en usted...—Parecen decirle aquellas ventanas indefensas, aquellos zaguanes acogedores...

Tenerife, a pesar de la inmensa soledad con que la rodea el Océano, está muy lejos de ahogarse bajo esa atmósfera de aburrimiento que, según antes dijimos, pesa asfixiadora sobre nuestras ciudades provincianas, en que «todo el mundo» se conoce, y de las cuales, por lo mismo, lo Imprevisto se ha ido. No obstante su encantadora pequeñez, la capital tinerfeña es alegre, bullidora, y lo Inesperado—encanto mago de la Vida—levantó un asilo allí. El alma de Tenerife es mundial; tiene la inquietud cosmopolita de Panamá, de La Coruña, de Lisboa o de Marsella. Todos los grandes sabios, y los grandes artistas de Europa, y los reyes del oro yanqui, y los emigrantes que van a buscar la Fortuna al otro lado del mar, y los turistas de la inmensa América, se detuvieron en ella, al menos una vez, y dejaron en sus calles un perfume exótico, una emoción de lejanía.

Tenerife juega al «tennis» y al polo, y adora, sin embargo, sus «luchas», de una elegancia helénica; Tenerife fraterniza con los trotatierras ingleses; y después de beber whisky, canta «folías»; y es porque de ella el invasor cosmopolitismo de las costumbres contemporáneas no ha podido arrancar todavía el alma de la leyenda de los «primitivos»; el alma guanche, brava y lírica.

Pueblo risueño y sencillo; pueblo acogedor, donde todos parecen hermanos nuestros...

×

Una tarde, a la hora envolvente del anochecer, la ociosidad y el dilecto placer de andar solo, me

habían llevado a la carretera que conduce a Taganana. El sol, moribundo, se deshacía en sangre magníficamente; sobre la superficie, teñida de violeta, del mar, oscilaban numerosos buques anclados: cruceros de guerra, vapores mercantes, veleros de ambiciosa arboladura, falúas de lujo y regateo, gabarras carboneras... Cerca de mí, sentado entre peñascos, comía un mendigo. Era viejo, y su colación, adquirida quizás a la puerta del vecino Cuartel de Ingenieros, probablemente estaba fría.

Yo contemplaba el paisaje; y emocionado tal vez ante la belleza con que moría la tarde, dije algo en alta voz... Lo cierto es que el pordiosero no me quitaba ojo. Estábamos solos, absolutamente solos, como dos espectadores, del augusto teatro de la Naturaleza; y el sol, semejante a un divino comediante al finar el drama de su vida diaria, parecía morir para nosotros solos y ofrendarnos la maravilla de su agonía...

De pronto, el mendigo, olvidado de su miseria, exclamó:

—Es hermosa la tarde, ¿verdad?

—Muy hermosa— le respondí.

Hubo un breve silencio; las olas iban y venían, como meciendo a la tierra.

—¿Es usted forastero?—prosiguió el desheredado.

—Forastero soy—contesté—, y de muchas y lejanas tierras vengo...

Y a estas palabras, que acaso fueron dichas con acento triste, con voz de desengaño, «el sin pan» replicó compasivo, mostrándome su plato de comida:

—¿Quiere usted acompañarme?...

Su ofrecimiento me llegó al alma; y de pena, de

agradecimiento, se mojaron mis ojos. Aquel hombre que me ofrecía lo que de caridad recogió en los caminos, era el símbolo, el verbo del pueblo en que yo estaba; y su gesto, dictado por veinte siglos de Evangelio, tenía la grandeza y la serenidad de la tarde.

¡Santa Cruz de Tenerife!... Tú dejas en el corazón de los errantes la dulce melancolía de mirar hacia atrás y de volver a tí...



Felipe Sassone

Americano de nacimiento, porque fué la ciudad de Lina la que oyó mi primer llanto, me siento plenamente en España, en mi España, en mi casa, y pienso en mi España del mar, en mi América, en las Islas Canarias, que no sé si son, en el inquieto camino del Atlántico, un regazo de España o una avanzada de América. Pienso ahora que aquellas islas, que tienen de nuestra América la vegetación ubérrima, el paisaje magnífico, la cadencia dulzona e insinuante— voces cubanas, giros argentinos, vocablos venezolanos—, el pasado pintoresco y heróico, a la vez guerrero y pastoril, que canta en la historia de los «guanches», y el amor y el espíritu de España, porque todo eso es fruto del alma española, están demasiado lejos de España y América. Y no mido la distancia por millas, fáciles de vencer hoy, sino por comunicaciones, por relaciones y por tiempo. A las siete islas, Santa Cruz de Tenerife, Las Palmas, Santa Cruz de la Palma, Lanzarote, Fuerteventura, la Gomera y el Hierro, siete virtudes de España en el mar, centros de riquezas, de importación y de exportación, le llegan tarde las noticias de la Península madre. Los viajeros de nuestra Amé-

rica, que parten solo de su tierra española para ir a la «Meca» de París, no se detienen en las islas, porque nadie se cuidó en ellas de atraer al turista, y estas islas, con su paisaje de maravilla, son, por su ambiente y por su clima, una preparación de América para el viajero español, un punto de transición amable para el viajero americano que venga a sumergirse en el mar, áspero y rudo de la vieja vida española.

×

Lo inefable del sentimiento que quisiera exteriorizar, y mi pereza natural, que el sopor del aire aumenta, me han llevado otra vez a mis balcones. La fuente canta y pone como un acorde a la melodía de mis recuerdos de Canarias, las islas suaves. Todo entero sentí mi continente, en lo que tiene de español, palpitar en su aire; estuve en casa sin llegar a casa, y hoy vuelvo a casa, porque estoy en mi Madrid, desde donde, al amor del recuerdo en la humildad de mi ignorancia, que llena con palabras el vacío de mi pensamiento, pregunto a los hombres de gobierno, a los directores, a los hombres prácticos, a los que se dedican a algo más serio que a la vaga y amena literatura, ¿no se puede hacer algo para que esas islas, las Canarias, pedazos de España que van hacia nuestra América o pedazos de América que vienen a nuestra España, las islas Afortunadas de otro tiempo, dejen de ser las islas olvidadas de ahora? Ellas dieron algo: Tomás Morales, a nuestra lírica; Angel Guimerá, a Cataluña, que fué dársela a España; Benito Pérez Galdós, al mundo...

Francisco Villaespesa

¿Mi impresión de Tenerife?...

Sus paisajes de serenidad y de belleza severa; su ambiente de paz creadora y el recuerdo de tantas manos amigas y tantas almas gemelas, quedará para siempre en mis pupilas y mi corazón; y, acaso, un buen día, entre nieblas y entre nieves, y ante el babilónico estruendo de alguna gran urbe moderna, despierten en mi alma estos recuerdos, y todas las campanas líricas de mi espíritu repiquen a fiesta, al evocar el encanto suave de estas islas maravillosas, que se agrupan como un bando de ondinas en torno del último gigante de la Atlántida: el Teide glorioso de la fábula marina.

Adolf Schulten

El paisaje de la Orotava ofrece tales bellezas, en detalle y en conjunto, que sólo puede ser comparado a los más hermosos de las campiñas italianas o de las costas maravillosas de las Baleares.

El cuadro es encantador e imponente a la vez: la vista del Teide gigantesco y del valle ubérrimo sólo puede igualarla la del Etna grandioso.

Tiene, por otra parte, la rica vegetación de la Orotava un interés sumo, que muy bien podría llamarse histórico, por lo que se refiere a los datos que de ella se han obtenido para resolver el problema de su vegetación primitiva. Particularmente he tratado este asunto con un notable naturalista, el doctor Burchard, verdadero perito por lo que a la flora canaria respecta, y hemos deducido que en los primeros tiempos de formación no fué tal vegetación lo completa y maravillosa que hoy es, reduciéndose a extensos montes, entre los que descollaba, como único árbol frutal, el madroño, («*arbutus canariensis*»).

He aquí el árbol de la fruta de las Hespérides. Mas, siendo en la actualidad más varia y rica su

vegetación, es cuando las islas merecen en verdad su primitivo dictado de Afortunadas.

Perduran, como en los tiempos primitivos, el clima sin igual de las islas, y como en los más remotos tiempos históricos, el carácter pacífico y hospitalario de sus habitantes. Esto confirma la observación de que en las islas, más aún que en los continentes, se conserva el carácter sencillo y bondadoso de las personas.

En Europa van desapareciendo cada vez más y con mayor rapidez estas cualidades, acaso precipitada su desaparición por las continuas luchas sociales y la evolución determinada por el progreso de las industrias. Sólo en Canarias sigue aún la vida deslizándose por tranquilos cauces de sencillez, y sus habitantes conservando la cortesía y la nobleza de corazón, tan diferentes de la cortesía fría y superficial de otros países latinos.

Esta hermosa característica del pueblo español es la que más acentuadamente observé en esa prodigiosa isla de Tenerife.



Miguel de Unamuno

Esta soledad del mar, que por todas partes nos ciñe, es un poderoso sedante, es casi un narcótico. Viene la inmensa sábana líquida palpitante desde el cielo, y viene cantándonos, por sus miles de olas, recuerdos de la aurora del mundo, de muchos siglos antes de que naciera el hombre, recuerdos de antes de que hubiese vida. Y fué él, fué el mar, fué esta eterna esfinge azul de crin de plata, la cuna de la vida. Y él, el mar, ciñe piadoso, con su pecho, a la tierra, su hija, y cuando el sol asalta con sus rayos las montañas, cúbreelas el mar, como un yelmo, con nubes.

E iba yo contemplando desde cubierta cómo pasaban las olas, como pasan por la vida los hombres, e iba pensando en las ambiciones enterradas en el seno de esta fuente de consuelos. E iba pensando que este mar, que lo nivela todo, es escuela de igualdad, y es escuela de libertad este mar que rompe toda barrera, dando alas al alma, y lo es de fraternidad al juntar y enlazar los pueblos. Y pensaba qué dulce sería reposar por siempre en su seno tranquilo y silencioso—silencioso y tranquilo

mientras su sobrehaz ruge y se agita—, reposar aquí mientras sus olas cantan nuestra vida.

«¡Ya se ve! ¡Ya se ve!», exclamaron unos estudiantes tinerfeños que volvían de vacaciones a sus casas, y apareció a lo lejos una sombra, como niebla oscura y pesada. Y poco después distinguíamos claramente los abruptos acantilados de la isla de Tenerife surgiendo del mar.

×

Del mar surgió en un tiempo esta isla, como las otras islas Canarias, en poderosa conmoción, en titánica lucha entre Vulcano, dios de las ígneas entrañas de la tierra, y Neptuno, dios de los inmensos mares. Porque estas islas, por tanto tiempo envueltas en la bruma de la leyenda; estos Campos Elíseos, estas islas Afortunadas, estas que algún soñador supuso un resto de aquella antigua Atlántida, de que Platón nos cuenta el mito, y donde reinaban en felicidad y paz los hijos de Neptuno, estas islas fueron un alzamiento volcánico de las entrañas de la tierra, fué como si éstas levantaran su caldeado pecho a que se refrescase en el mar, a ver el cielo.

La leyenda ciñó durante siglos a estas islas como las ciñe el mar, aislándolas de la realidad histórica. Ellas vivieron en el mar tenebroso, escondidas a las miradas, y se las creyó habitadas de seres maravillosos. Entre ellas vagaba también aquella fabulosa isla errante de San Borondón, o San Balandrán, la del santo irlandés que allá, entre los hielos del polo, encontró a Judas, el traidor, que salía cada año, el día de Navidad, del infierno, para ir a refrescarse, en pago de un acto de caridad

que una vez tuvo abrigando a un leproso con su capa.

Una de las primeras cosas que ví al desembarcar en el puerto de Santa Cruz de Tenerife, fué un camello. No he vuelto a ver por acá otro. Y pienso que aquel primer encuentro fué un «omen», un agüero.

Nada he de deciros de Santa Cruz de Tenerife. Sólo que ya allí empezó a impacientarme la lentitud de los hijos de esta tierra. Ya allí empecé a sentir los efectos de la soñarrera, de la dulce mordera del aislamiento.

×

Me apresuro a subir a la ciudad de La Laguna, a la ciudad de los Adelantados. En el camino os enseñan la casa nativa de don Nicolás Estévez, y junto a ella el almendro que él, don Nicolás, ha hecho famoso. Pues él cantó, diciendo: «Mi patria no es el mundo, mi patria no es Europa, mi patria no es España; mi patria es una choza, la sombra de un almendro»... etc. ¡Pobre del que no tiene otra patria que la sombra de un almendro! Acabará por ahorcarse de él.

En La Laguna, un silencio y una soledad que se me metían hasta el tuétano del alma. En el cielo bruma, una bruma de ensueño, de soñarrera más bien. Unas calles largas, largas como el ensueño; en el fondo una torre oscura, tronchada. Acá y allá, casas con salientes miradores de madera, de celosías, pintados de verde por lo común; unos miradores muy típicos, tras de los cuales se adivina a la dama que espera, desde hace siglos; a la misma dama de los tiempos del Adelantado. En algu-

nos tejados el berode, una planta que parece un pequeño pino. Pero han empezado a quitarla, con lo cual se quita a la vez carácter a la población. Aquellas humildes plantas, que hacen como un bosque diminuto, liliputiense, en los tejados, son algo, a la vez que decorativo, simbólico.

El palacio del obispo, unas cuantas casas solariegas, recogidas y silenciosas, allá del siglo XVII, dentro de las cuales deben habitar todavía unas venerables ancianas ceremoniosas, unas tías cargadas de años y de recuerdos. Me han contado que los «magos»— así llaman aquí a los campesinos— confundían muchas veces con el buzón del correo la ventana baja y enrejada de una de estas mansiones señoriales, y echaban por ella cartas a sus parientes emigrados en América. Un día, al cabo de mucho tiempo, se hubo de abrir el sótano a que daba luz aquella solemne ventana; apareció su suelo sembrado de cartas que debían haber llevado consuelos a América. Desde entonces se le puso un alambrado a la ventana. ¿Y no os dice nada ese sótano de la vieja mansión señorial de La Laguna, guardando en su seno secretos de familias, ruegos, consuelos; reconveniciones, quejas, súplicas, la noticia tal vez de la muerte de la madre adorada? Es tal vez mejor que aquellas cartas no llegasen a su destino. ¿Qué más da?

×

Allí, en La Laguna, en la vieja ciudad de los Adelantados, la de la Universidad en un tiempo, recordaba cuanto en escritores americanos he leído de las viejas ciudades coloniales. Dicen que La Laguna parece una ciudad castellana, y algo hay

de esto; algo también de castellano, pero de la Castilla montañesa, tiene el campo sereno que la rodea. Pero hay, sin embargo, un tono especial que no es precisamente el de las viejas ciudades castellanas. Aquellas calles espaciosas y rectas, aquel despejo, aquel aire de rigodón monástico, algo de ceremonioso, todo aquello en que se adivina una creación señorial del siglo XVII, la diferencia de las rudas viejas ciudades castellanas en que alzan su cabeza indómita torres románicas, donde tal vez persiste algún trozo de muralla romana, donde hay algo de los siglos de reconquista, algo que nos dice de una fe ingenua, armada de tizona de combate. La Laguna está vestida de casaca, o de hábitos de fraile, si queréis.

Alonso de Lugo firmó en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria un contrato, en 13 de junio de 1494, para terminar la conquista de la isla de Tenerife; púsose bajo la protección del duque de Medina-Sidonia, cuyo abuelo, el conde de Niebla, había llevado el título de Rey de las islas de Canarias, y emprendió su empresa. Partió del puerto de Sanlúcar en seis carabelas, llevando 650 peones y 40 caballeros, esperanzados todos con la fortuna que allá, en las islas Afortunadas; les esperaba. Hizo Alonso de Lugo parada en la Gran Canaria, tomó en ésta algunas compañías de indígenas canarios, deseosos de medirse con los de Tenerife, no de otro modo que Cortés se valió de la ayuda de los tlascaltecas para someter a los aztecas, y con este refuerzo y otros abordó a la isla de Tenerife. Abordó a Tenerife con 1.100 hombres de a pie y 50 de a caballo, adoró la cruz y reedificó el torreón derruido por los guanches.

Bencomo, uno de los reyezuelos de éstos, de aque-

lla brava casta indígena, que debió de llevar en sus venas la sangre misma que hoy llevan los bravos cabileños del Rif, y la misma también de la primitiva roca étnica de España—pues yo me complazco en creer que en el fondo seguimos los españoles todos, y más nosotros los vascos, siendo berberiscos—. Bencomo, ufanado con anteriores triunfos, bajó al valle de La Laguna. Uniéronsele Acaimo, Tegueste, Zebensuí y su hermano Tinguaro; con sendos contingentes. Alonso de Lugo, por su parte, dejando en la torre de Santa Cruz a los canarios, se puso en marcha y llegó al valle. Lo mismo que hacía Cortés hizo Lugo, y fué enviar por un lenguaraz o truchimán mensaje a Bencomo para que se rindiera, ahorrando una batalla. Rechazólo Bencomo, no de otro modo que Guatimocín. Y se trabó un combate del mismo género de aquellos combates de que nos dice Bernal Díaz del Castillo, el inmortal cronista del inmortal Cortés. Los mosquetes y las ballestas de los castellanos abrían sangrientos surcos en las filas de los desnudos guanches, que lanzando alaridos, defendían con piedras y palos su salvaje libertad. Y luego entraba en lucha el caballo, este monstruo que tanto pavor puso siempre en los pobres indios. El resultado de semejantes combates era casi siempre infalible. No les era posible a aquellos pobres indígenas resistir la superioridad de armamento, de disciplina y de ciencia militar de los castellanos. Pero al menos vendían cara su selvática independencia.

Y volviendo a éstos, a los guanches, Bencomo y sus huestes tuvieron que abandonar el campo de La Laguna. El pobre Tinguaro fué muerto al entregarse, se le cortó la cabeza por orden de Lugo, y clavada en una pica se la hizo servir de te-

rrible amonestación a los isleños. Dicen que en esta batalla murieron 45 españoles y 1.700 guanches. Nunca fueron nuestros cronistas muy fuertes en estadística. Calculaban a ojo de buen cubero.

Después de esta batalla fué Alonso de Lugo reduciendo el país, hasta que el 29 de septiembre de 1496 dió fin a la conquista de Tenerife. En abril de 1497 salió del lugar de los Realejos, trasladándose a la vega de La Laguna, lugar escogido para fundar la capital de la isla, y de las islas todas durante mucho tiempo. Se echó su trazado, y en 20 de octubre eligió Lugo seis regidores y dos jurados y se redactaron unas ordenanzas. El obispo, D. Diego de Muros, recibió una donación de terrenos; echáronse los cimientos del convento franciscano de San Miguel de las Victorias—pues el día de San Miguel se remató la conquista—y a los frailes agustinos se les cedió terrenos para otro convento, que fué la cuna de los estudios universitarios del archipiélago. Y así, desde la fundación misma de la ciudad de La Laguna adquirió el carácter conventual que la distinguió más adelante.

×

¡ Lo que sería luego la vida en esta ciudad colonial en aquellos siglos XVII y XVIII, y aun a comienzos del XIX! Tertulias en los conventos y en las casas señoriales, chocolate a media tarde, monjas reposteras, eternas conversaciones sobre el último caso que el tribunal del Santo Oficio de la Inquisición entendiera, y, de noche, tal o cual aventura galante. Una vida de singular lentitud, de marcha de gavota, ceremoniosa por fuera, mas

no sin sus pasiones por dentro. Porque esta vida de rutina conventual y señorial no doma las pasiones, sino que más bien las azuza. Sobre todo, la envidia. Las pequeñas rivalidades se exacerban y las discusiones por un punto de erudición, por una minucia, adquieren una especial y específica venenosidad.

Esa existencia uniforme, siempre igual, se vería diversificada por tales y cuales fiestas señaladas por el calendario. Esto da una cierta novedad, ya prevista, a la vida. Cada año se espera tal o cual festividad, y sucede lo que a los niños que gozan con estas novedades ya previstas, con esta especie de sistematización de lo imprevisto. Hasta las sorpresas se preparan. Y es la necesidad del cambio.

En las fiestas de Navidad coloquios, responso-rios y autos celebrados en los templos, entre músicas regocijadoras, coplas picarescas y diálogos truhanescos. Y tal vez escándalos y excesos, como los que en la Navidad de 1791 hubo en Santa Cruz de Tenerife, en que el pueblo comió y bebió en el templo, bailando y arrojándose unos a otros manzanas y castañas. Frailes jóvenes que arrojan sus hábitos y con vestidos seculares entonaban coplas subidas de color, y hombres y mujeres ebrios, que sentados en los altares brindaban por el nacimiento del Niño Dios. ¡Harto tenía que hacer el Santo Oficio!

Y no era el demonio precisamente el que les inducía a esos excesos; era más bien la monotonía de la vida, la soñarrera del aislamiento. Aunque ésta es un demonio, y de los más calificados.

Y seguía la ciudad su pausada existencia, incubando modorras y pequeñas pasioncillas, entre

tertulias y aventuras, recibiendo siempre, aunque tarde y de lejos, la influencia del movimiento general europeo. Porque las sacudidas espirituales de la segunda mitad del siglo XVIII, la labor de los enciclopedistas, todo lo que preparó la gran Revolución, no dejaba de llegar, bien que amortiguado y tardío, a los más apartados rincones. Y a esta ciudad colonial de los antiguos Adelantados no dejarían de introducirse, de contrabando, aquellos libros vitandos, ni dejarían de ofender los oídos de sus reverendas paternidades proposiciones escandalosas, si es que en los corazones mismos de los buenos padres no hallaron cabida algunas perniciosas sugerencias del dragón infernal.

España empezó a agitarse después de la guerra de la Independencia, y esta agitación venía a romper en estas islas. El grito de Riego en Cabezas de San Juan, el día primero del año 1820, no se hizo público en Canarias hasta el 20 de abril; tardó, pues, más de cuatro meses en llegar acá.

×

Poco después empezaron las luchas por la capital de las islas, luchas que todavía persisten. La rivalidad entre Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas absorbe una buena parte de la energía espiritual de estos isleños; energías que podrían encauzar por canales más productivos. Y ello no es en mucho sino una consecuencia de aquella vida lenta, conventual y señorial, de tertulias caseras o monjiles, de fiestas de calendario, de siestas y de pasatiempo, en que se aguzan todas las pequeñas pasiones, y entre ellas la vanidad y la celotipia.

Todo este país está cambiando profundamente; ha recibido profundos conmociones, la mayor acaso, el cólera de 1852, que tan hondas huellas dejó en el cambio de su vida. Ha desaparecido el traje monjil de las señoras, de manto y saya negras; pero aun dicen: «Voy a gozar» cuando se dirigen a la iglesia, por lo menos algunas de espíritu rancio y arraigadas en tradiciones.

Hoy tiene la ciudad de La Laguna, como resto de su antiguo esplendor, además del obispado de Tenerife, uno de los dos de las islas, el instituto de segunda enseñanza de estas mismas islas. Ocupa el local de un antiguo convento y en donde estuvo algún tiempo la Universidad canaria. Es un rincón de singular sosiego, un remanso de quietud que solicita el estudio— al estudio, sí pero, ¿por qué no decirlo?, también a la siesta—, una isla de espíritu. El patio es un encanto. Allí, en aquel retiro, ¿quién no se decidiría a escribir una larga, muy larga, y minuciosa, muy minuciosa, crónica contando las mil pequeñeces de aquella vida soñolienta y larga, tal cual se pudiera ir sacando de viejos archivos y de la enmohecida memoria de algunas venerables señoras? Porque de esas mil pequeñeces consta la vida, verdadera vida, y acaso es todo eso mucho más hondamente humano, y, desde luego, más eterno, que el resonante y teatral tumulto de las campañas napoleónicas. Chismes de tertulia de convento o de mansión de marqués, aventura galante en el recodo de la calle, al pie de la celosía, o tal vez en un rincón del templo mismo, una discusión sobre un dato de historia... ¡y qué de pasiones debajo de todo esto!

Allí cerca levantaba a las brumas del cielo la nevada cabeza el gigantesco Teide y en sus entra-

ñas se agitaban los fuegos de las entrañas de la tierra. Y de ordinario nada señalaba estos fuegos volcánicos, como no fuese una columna de humo, siempre igual, siempre mansa, siempre rutinera, que iba a perderse en las brumas, en las brumas del ensueño.



F. Gómez Hidalgo

Tenerife... La isla de Tenerife... Le soy deudor de demasiadas horas gratas y de demasiadas emociones para que, reintegrado a la cortesana vida habitual, no evoque aquellas tierras surgidas entre las algas del Atlántico como una vibración de espiritualidad, de humanidad y de patriotismo. Su recuerdo en Madrid ofrécese, además, como un contraste de consuelo. Este pueblo en que se sepulta nuestra existencia mientras intentamos vanamente desarrollar nuestros afanes, es Meca de la desvirtuación de las palabras y de los hechos.

Evocar en Madrid las islas Canarias es ennoblecere el pensamiento, llevándolo a que viva la dulce realidad del sueño. Es confortarse en la existencia de un mundo español luminoso, atractivo, imaginable.

En aquellas siete islas, que compendian todo el orgullo ultramarino que nos queda, donde cada ola del mar deja un beso fecundo y cada rayo de sol una bendición de los cielos, todo es puro como el aire de sus montañas, como los frutos de su tierra, como las caricias de sus climas eternamente primaverales...

Eugenio Noel

Hay algo más hermoso que ver la salida del sol desde el Teide, aquel cono proyectado sobre el mar, sombra formidable de cuatro kilómetros que se repliega hasta llegar a nosotros, y ese algo es ver el Echeide de los guanches desde este divino árbol, el drago de Icod, que hace cuatrocientos años, cuando la conquista, era ya hermosísimo ¿Cual es más bello y gigantesco de los dos? Después de contemplarlos, no acertáis a decir si el drago vale menos que el Teide.

El sol destaca en el enorme monte la llambría imponente, precipicios que parecen descender hasta el pueblo; las nubes corren ocultando el cráter altísimo. Y, sin embargo, este árbol os atrae más que aquella ingente masa de lava vítrea y negra, de tobas volcánicas, de mantos de fonolita, de vitopolitas, de basaltos; con sus fumarolas, sus estratificaciones y corrosiones, sus traquitas, cañadas y calderas, circos y rambletas; con su visiones de las incomparables campiñas tinerfeñas, el aspecto senlita de los Roques, la piel de pantera que la arci-

lla descompuesta y el silicato de hierro mienten con sus manchas de óxidos verdes, azules, amarantos, las Cañadas, Pico Viejo, Guajara, la Caldera, Montón de trigo, las Degolladas, Sombrerito, Cabezón, la Rajada, Pico Cabra y Montaña Blanca; el panorama ultrahumano de las islas emergiendo del mar como lomos de cachalotes; Gomera al pie, como si creyeráis que una piedra tirada por vosotros desde el pico fuera a caer en la lejana isla canaria.

×

El volcán es muy viejo, muy viejo, de la época cuaternaria; el árbol cuenta muchos siglos ya, y mirando hacia sus hojas laureadas, es un hombre alto menos que un niño. Todo el árbol está lleno de leyendas. Y es aquí, al pié de este espárrago gigantesco, donde parecen no importar nada ya los plutonismos inconcebibles de la montaña rival del Kamtchatka, del país entero que constituye la base del volcán, una base de dos mil metros cuadrados; el estupor y el miedo que causa el monte se transforma al pié del drago en suaves meditaciones, y es como un amparo contra tanta fortaleza bruta. A veces canta el capirote de estas campiñas; a veces, la pechuga verde y oro del serino, del verdadero canario, detienen embelesados los ojos; a veces pasa velocísima la deliciosa pajarilla del Teide, la fringilla, con su color ceniza, como si hubiera sido aventada por alguna erupción y fuera una chispa que volara... En este árbol los guanches y sus menceyes comían su gofio en los duros gánigos; se aprestaban a la lucha empuñando sus mazas de aceviño, sus lanzas de barbusano, o labraban sus escudos con las fibras draconas, o

se curaban con su sangre, con la resina que los griegos mismos venían en lejanísimas épocas a buscar para momificar sus muertos...

Después de las folías, nada ama el mago de estos paraísos como sus dragos: más, mucho más que el Teide es amado este árbol inmenso que, como los paquidermos, parece más inteligente y bueno...

×

Y así es el árbol, grande, muy grande, pero bueno. Lyell, de Buch, Salvador Calderón, Pacheco, Fernández Navarro, Web, Schardt, Suess, Hartung, han estudiado los veriles de las costas, los perfiles de las montañas y su teutonismo; su relieve; del drago se han ocupado todos los artistas del mundo, desde Humboldt hasta los nuestros, que tan tardíamente vienen aquí. El árbol es más sugeridor que el monte, y mientras éste ha demostrado a los sabios que las Canarias se disponen en alineaciones paralelas a los accidentes de la costa africana, prolongaciones del Atlas, es caricioso soñar al pié del árbol que no es así, que existió la Atlántida aquí, que Gentil, Sapper, Brun, De Launay, Berthelot no tienen razón; que el mismo monte no es sino un molde salido de la Caldera de la Palma... La isla es un paraíso, y en él, el drago su joya. Todos los sabios del mundo, los artistas, los viajeros, han venido a verle.

No es una sequoia californiana, ni un eucalipto australiano; es menos grande; pero, como los animales enormes primitivos que el hombre va descubriendo, tiene este viejísimo árbol vivo un interés tal, que parece, observándole, se vuelve a épocas geológicas anteriores al hombre. Y su aspecto tan raro, su extraña forma arcáica, suena al alma en

pensamientos densos de una modernidad lubricante y dinámica. Todos hablaron de él; nosotros, poco. Lo mejor que hay escrito sobre la vegetación de Canarias, es extranjero, alemán; de Scheinpers, de Shenck... Y no obstante, vale bien la pena venir aquí, aún con los ojos llenos de deslumbramiento de la Orotava, y ver al Teide desde el drago de Icod: desde su sombra legendaria y prehistórica contemplar aquel cono imposible, lleno de sol, que sacude los nervios con bárbara valentía. Desde ninguna parte el Teide es más bello. Y hasta esa belleza parece prestársela el árbol. Dignos el uno del otro, este gigante vivo inspira la idea de que ha de perpetuarse en el tiempo más, mucho más, que la mole muerta del enorme pica-cho...



Jean Mascart

Tenerife es un país interesante por su situación geográfica y por su constitución geológica. La vegetación varía desde las formas africanas hasta la de los pinos y retamas blancas, formando una verdadera transición entre la flota de las regiones intertropicales y la de las regiones templadas.

Tenerife goza de un clima sin rival en el mundo entero; aún en invierno la temperatura es allí de una dulzura, de una igualdad maravillosa; no hay nunca variaciones bruscas, ni grandes diferencias de una a otra estación. Los días son siempre calientes y soleados. No hay vientos muy intensos. La cifra anual de los días de lluvia no pasa de 69; las noches están exentas de humedad, aún a la hora de salir y ponerse el sol; dulces y serenas, permiten a los enfermos dormir siempre con los balcones abiertos.

Del conjunto de estas consideraciones podemos afirmar que el clima de Tenerife no tiene parecido en el mundo; se encuentran allí todos los factores del medio natural en condiciones de una notable

pureza y, además, una uniformidad de temperatura que en vano se buscaría sobre el litoral mediterráneo.

Cerca de la Orotava, en el centro del triángulo de la isla, encuéntrase la inmensa meseta de las Cañadas, a 2.200 metros de altitud, en medio de la cual elévase el Pico de Teide, de una altura majestuosa, ceñido por su corona de nieve. Si el Chimborazo es mayor, en cambio, como se apoya sobre masas de montañas, no brilla como este Titán que luce de los pies a la cabeza, lanzándose directamente del mar hacia el cielo.

Bajo los auspicios de la Asociación Internacional contra la Tuberculosis, se organizó una misión científica. El programa de la expedición era muy amplio y llevaba el estudio de todas las radiaciones que atraviesa la atmósfera terrestre, bien entendido que la parte principal de las investigaciones atañía a un orden fisiológico. Pero siendo la ocasión oportuna, se nos pidió venir a estudiar el cometa Halley en una estación de montaña e investigar si las condiciones climáticas se prestaban a regulares observaciones.

El lugar que escogimos (las Cañadas) es favorableísimo; hállase colocado sobre las nubes normales de la isla; se ve el sol desde su nacimiento a la puesta, siendo muy raro que los cirros vengán ni de noche ni de día a entorpecer las observaciones. Hay una absoluta sequedad. Medidas actinométricas en la montaña; estudio del azul del cielo, de la polarización atmosférica, refracción, electricidad y magnetismo son facilitados por un cielo constantemente sereno.

La situación por encima de las nubes y la sequedad producen buenos efectos; la luz es extremada-

mente rica en rayos actínicos, violetas y ultravioletas.

No hay sitio más apropiado para observaciones astrofísicas y meteorológicas por la diafanidad del cielo, la pureza del aire y la constante intensidad de la luz, como las Cañadas.



Leopoldo Pedreira

Confieso mi ignorancia. La letra muerta de los libros no había sabido enseñarme lo que es un monte grande.

Yo creía que así como los juguetones cabritos se parecen a sus madres las barbudas cabras y los pequeños lechoncillos se asemejan a los obesos cerdos de largas orejas y blanquísimos dientes, así los montes y las colinas se parecían a las montañas inmensas que hieren con agujas de nieve la cúpula azul de los cielos. He aquí el error: suponía que entre lo pequeño y lo grande no hay más diferencia que el tamaño... y así es generalmente. ¡Pero qué diferencia entre lo pequeño y lo inmenso!

He visto de cerca el formidable coloso: caprichosas nubes ocultaban las nevadas faldas, estaban bajas como humilladas ante tanta grandeza; y por encima de las nubes, como si flotase en el espacio, la enhiesta cumbre del Teide abría el cielo y cerraba el panorama. Nunca he visto terminar un horizonte de una manera más magnífica. En mi país, detrás de una cumbre hay otra cumbre; detrás de una colina otra colina y encima de las crestas de las sierras están siempre los festones de los celajes.

¿Qué tierra es ésta que está más alta que el cielo?... A primera vista parece que allí termina la mansión en que vivimos y que detrás del volcán se acaba la creación y empieza Dios.

¡Cómo brilla el gigante! Y es frío y es ardiente. Y atrae y aterra.

¡Teide, eres como los hijos de los menceyes, tienes el exterior de nieve y el alma de fuego! Mirándote a tí comprendo el heroísmo de Plinio, aquel sabio poeta que murió por escrutar los secretos del Vesubio; entiendo la locura de Empédocles, que se arrojó al cráter del Etna... y ¡siento amor a la madre Naturaleza y penetro en el espíritu de los que sufrieron martirio por la santa causa de conocer el globo en que vivimos! Colón, atravesando el solitario Atlántico; Magallanes, muriendo por explorar una isla; La Perouse, perdido para siempre en la inmensidad del Pacífico, y Levingstone sucumbiendo a la terrible fiebre, en las orillas del Benguolo, en las entrañas del continente negro.

¡Teide, al contemplarte hay que caer de rodillas como cayó Humboldt cuando te vió por vez primera, y así de hinojos recordar los libros sagrados y escuchar la elocuencia de tu excelsa cumbre que parece decirnos: «¡Gloria a Dios en las alturas!» Y nuestra pequeñez contesta: ¡Paz en la tierra a los hombres!»

Carmen de Burgos

Ante todo, es Tenerife un país de luz, de claridad, de transparencia; todo es diáfano y azul, y, al mismo tiempo sin exaltación, calmoso, perezoso, dormido, sereno: una Andalucía sin pandere-
tas.

Pero lo que domina en Tenerife, lo que absorbe todo, es la hermosura de la naturaleza.

No puede concebirse nada semejante a Tenerife. Es un sueño, algo de cuento persa, desde su aparición.

Aquella ciudad polícroma, riente, silenciosa, que se tiende escalonada a la orilla del mar, con sus casitas pintorescas, sus terrazas alegres como nidos de amor, en los que no se concibe que tenga cabida el dolor ni la vejez.

Allí aprendí todas las tradiciones del país; contemplé las banderas arrancadas a los ingleses en un célebre combate naval; recorrí todos los sitios pintorescos de la isla; los valles encantadores de la Orotava, los bosques en flor; los platanares, que forman la riqueza del país; la severa gentileza del Teide, cuya visita, con sus grutas transparentes de

estalactitas y sus lagos azules ofrece para el turista mayor encanto que el Vesubio.

En La Laguna, la ciudad ancestral, conservadora, aristocrática, está la casita pequeña y modesta, en que nació don Nicolás Estévez.

Saludé con el respeto que me inspiran los árboles sagrados, al drago, cuya circunferencia midió Humboldt y que ha visto sentarse a su sombra tantas generaciones. Bajo el dosel de sus ramas administraban justicia los monarcas guanches y bailaban las princesas «magas» que encontraron los conquistadores lavando la ropa en los riachuelos.

El drago es un árbol oriental que ha creado una especie aparte en las Canarias.

Hay uno, bellísimo, en Icod. Son gigantes colosos que necesitan siglos para desarrollarse. Una especie de elefante del reino vegetal. Todas sus ramas nacen para abajo, para afirmarse en la tierra y volverse raíz; hay que cortarlo a fin de que no lo cubran todo. Sus hojas son bolas de puñales acerados, y su savia, roja y viviente, se conoce en el comercio con el nombre de «Sangre de Drago».

Es la tierra de los contrastes. Pasando en Tenerife de Norte a Sur y subiendo de Santa Cruz a la Orotava y al Teide se goza de todos los paisajes más distintos y todas las temperaturas.

Puerto Cruz ofrece uno de los puntos de vista más bellos que se pueden encontrar. Es el sitio en que el mar muestra todo su amor a las islas que abraza.

Vienen las olas enfurecidas a lo lejos y se rompen en los escollos antes de llegar, y avanzan luego juguetonas y mansas, orladas de espuma, susurrantes, para partirse en graciosos remolinos, en cuyo fondo se ven unos cambiantes de azul Natier

y de verde Veronés, con llamaradas de un oro encendido en un efecto sorprendente y que no he visto más que allí.

Se vé avanzar la ola como una arca cerrada, y se pregunta una: «¿qué nos trae escondido?» Porque cada ola, al abrirse para lamer mansa la playa, enseña un tesoro de belleza distinto, un nuevo matiz engendrado en las rocas; algo tan fugaz, tan inestable, tan maravilloso, que no puede concebirse más que en este país de naturaleza tropical, semívirgen, rebelde y sumisa al mismo tiempo, ante la que nos parece un atraso toda la civilización que tiende a separarnos de ella. Se comprende la epopeya de los «guanches» y aquel bárbaro grito de guerra «quiero morir» con el que sucumbió toda la raza.

Aquellos hombres capaces de suicidarse, conteniendo el aliento, antes de perder su libertad, tenían que haberse formado frente a este mar de Tenerife y bajo el parpadeo azul de Sirio en ese cielo luminoso.



Basilio Alvarez

¡Qué fortuna la mía al llegar a Tenerife, cuatro siglos después que mi paisano Fernández de Lugo, y encontrarme que esta tierra es una prolongación de mi tierra! Aquí, como allá, las montañas se levantan ciclópeas para ofrecer al mar sus senos de verdura. Aquí, los valles, como en mi tierra, recogen el eco triste de las ingentes estribaciones, para perderlo como una endecha dulcísima en el tapiz prodigioso de esta policromía inaudita. Yo aquí, si quisiera, podría sentarme como en mi país a la sombra del copudo castaño y ver, cual un lugareño de Tenerife, en el erizo prometedor, el condumio pastoril que endulza las horas del invierno largo.

También aquí, como en Galicia, las blancas ermitas se cuelgan en las balconadas de los campos para salpicar de ternura la poesía rural; y aquí, asimismo, las viejas consejas corren de boca en boca para tejer el encanto de maravillosas tradiciones.

El lenguaje isleño, de calma horaciana, tiene la gracia y la fonética mimosa de nuestra «faba».

Hasta la «morriña», la maldecida «morriña», que pone amarillo el rostro y embruja el alma,

¿qué es sino esta modorra guanche, la modorra que nos anula y aniquila? Y ambas son luego, cuando emigramos, a manera de enorme rueda dentada que se hincan en el pecho y lo destroza.

X

Conserva además este país, como preciado tesoro, el encanto de sus leyendas. Tierra brava, busca afanosa por entre los puntales de la casona desvencijada los cimientos de su recia personalidad, y la selvática arrogancia de sus antepasados se vuelca ahita de ejemplos prodigiosos y resonantes alaridos. Recordamos las contestaciones de un mencey a las demandas de rendición:

—Sed nuestros amigos...

—Nosotros,—respondió—somos amigo de todo el mundo.

—Aceptad nuestra religión.

—La aceptaremos, pero nos es necesario conocerla.

—Seréis nuestro súbditos.

—¿Cómo, si la libertad de que gozamos nos hace a todos iguales?

¡Iguales! Verdad sublime en una boca selvática y ruda, que encarnó hace cuatro siglos la esencia de todas las revoluciones.

Julio Camba

El viaje fué apacible, nostálgico y sentimental. A poco de zarpar el buque se nos sacó de la enfermería, y nosotros fuimos todo el camino como otros tantos pasajeros. Eramos libres. Si queríamos abandonar el buque, nadie nos impedía arrojarnos al agua. Sólo en los puertos, que tanta alegría ofrecen al que, durante varios años, no ha tenido ante sus ojos más que un mismo horizonte, se nos ponían vigilantes encargados de nuestra custodia.

La contemplación del mar me proporcionaba un grato espectáculo. Largas hileras de delfines hacían regatas con el vapor. De cuando en cuando, como en un alarde gimnástico, salían fuera de las aguas y hacían un perfecto salto mortal. Luego tornaban a hundirse, y acomodaban su velocidad a la velocidad del trasatlántico.

Los pasajeros de tercera se divertían como podían. Venía entre nosotros un pobre muchacho, abogado y tonto, que era propietario de dos pequeños objetos: una capa y una hamaca. A primera hora de la mañana se embozaba en la capa, se instalaba en la hamaca y se dedicaba a desdeñarnos. ¿Puede imaginarse nada más ridículo? Una capa

y una hamaca son dos objetos tan distintos, tan contradictorios, que únicamente se les concibe hermanados en la vanidad de un hombre. La capa es para el frío y la hamaca para el calor. La capa es para el invierno y la hamaca para el verano. La capa es para andar, para pasearse, y la hamaca es un instrumento de pereza, para dormir y fantasear. Llegamos a la misma línea ecuatorial, que nos fué indicada por un cañonazo. Pues, en la misma línea ecuatorial, nuestro hombre estaba perfectamente embozado en su capa.

Una vez cosieron sigilosamente, y sin que su propietario lo advirtiera, la capa a la hamaca. Llegó la hora del rancho, y el joven jurisconsulto quiso levantarse; pero aquel día la capa tenía un peso mucho mayor que de ordinario. El abogado, por no dejar la capa, dejó de comer.

×

Una mañana vimos una nube en el horizonte. Un mismo grito salió de mil gargantas:

—¡Tierra! ¡Tierra!...

Ante los navegantes, las ciudades se aparecen como nubes, y esta circunstancia constituye un divino privilegio de belleza que los reyes no pueden otorgar a las poblaciones del interior. Había un pasajero que tenía un catalejo, y el catalejo fué pasando de mano en mano.

—Yo creo que no es tierra. Es una nube.

—Le digo a usted que es tierra.

Era tierra, en efecto. Era Santa Cruz de Tenerife. Serían a la sazón las nueve de la mañana y hasta media tarde no llegamos a puerto. Sin embargo, aquello nos llenó de alegría y nos proporcionó un agradable entretenimiento. Arrimados a la toldilla

del buque, íbamos observando cómo se concretaba poco a poco la vaguedad de la primera visión, cómo la nube se iba convirtiendo en tierra, cómo el color azul iba tornándose amarillento y salpicándose de motas blancas. El pico de Tenerife, coronado de nieve, se perdía en el cielo. En cuanto al puerto de Santa Cruz, me pareció uno de esos prodigios que hacen los confiteros en las tartas familiares y onomásticas. Permanecimos en el puerto unas cuantas horas. Infinidad de pequeñas barquillas rodearon el buque desde el primer momento, y los vendedores ofrecían a los tripulantes paquetes de tabaco, cerillas, refrescos, higos, plátanos y naranjas.

Cerca ya del anochecer, el buque zarpó. La isla tornó a esfumarse poco a poco; los colores fueron desvaneciéndose en una misma nota vaga y azul, y, por último, la noche los recogió en su oscuro seno, como recoge a las nubes del crepúsculo.



Conde de Romanones

Han pasado muchos años desde que pisé la tierra tinerfeña y, sin embargo, la impresión de embeloso, de verdadero arrobamiento que me produjo, permanece inmanente en mi ánimo.

La isla de Tenerife, con ofrecernos España tan hermosos paisajes, a todos los supera. No los ha creado natura tan bellos; de punta a cabo, desde la orilla del mar a los puntos culminantes, la gracia y el encanto se expanden por doquiera y llegan hasta sus últimos rincones.

Al respirar su ambiente recoge el ánimo los efluvios imponderables del españolismo más castizo. Al terminar aquel viaje a Canarias en 1906 dije, y repito, que había encontrado tanto o más que en el corazón de Castilla el alma verdadera de España.

L. Fernández Navarro

El espectáculo que ofrecen las Cañadas, siempre extraño y grandioso, recuerda unas veces los dibujos de Gustavo Doré, y hace pensar otras en lo que deben ser los paisajes lunares.

Pero si el espectáculo de las Cañadas sobrecoge y llena de asombro, el que se goza desde lo alto del Pico supera a cuanto pueda imaginarse. Al amanecer, el momento de la salida del sol es algo que no se olvida nunca.

El volcán proyecta su sombra desde el horizonte, y a medida que el disco se va elevando, el cono oscuro va acortándose dejando iluminada: primero la isla del Hierro, luego el mar, la costa de Tenerife, y, por último, los campos de la isla, que no son sino las estribaciones del propio volcán.

Podéis ver entonces toda la costa tinerfeña y a vuestros pies, como enormes monstruos dormidos, Gomera, Hierro, La Palma y Gran Canaria, separadas por canales, que, aún teniendo muchas millas de ancho, no os parecen sino amplios ríos. Más allá el mar inmenso, inacabable, confundiéndose con el Pico, grandes bosques, campos de lava y las manchas blancas apenas perceptibles de los pueblecitos costeros. Por encima de vuestras cabe-

zas un cielo azul cobalto en que rara vez se vé la mancha de una nube.

Si a lo que llevo dicho, que no puede ser sino débil reflejo de la realidad, se añade que para llegar al Teide se pasa por el Valle de la Orotava, de renombre universal; que la carretera que de Tacoronte a los Silos recorre la costa Norte de Tenerife es un mirador maravilloso, encuadrado por adelfas, geranios, bananeros, palmeras, tarayes y eucaliptos; que los montes de laurel, pino y haya, guardan panoramas sin igual; que las regiones de Anaga y Teno valen por sí, como espectáculo, tanto como cualquiera de los que llevamos mencionados, se comprende que no puede haber en el mundo centro de turismo que supere en interés a Tenerife.



A. Gutiérrez Gamero

Era para mí un verdadero compromiso de honor conocer las célebres Cañadas, que, al pie del gigantesco Teide y vigiladas por él, encierran misteriosos encantos, capaces para vivificar el pulmón menos susceptible de ello, y curar milagrosamente la enfermedad más rebelde.

El Teide, sugeridor como ninguno para inspirar a los poetas afortunadas folías y estrofas diversas; mantenedor de leyendas guanches, leyendas que hacen despertar el amor a la tradición y al terruño, y quizá el culpable de un delito social.

Bien hallado el Teide romántico. Siga su gloriosa existencia de volcán inofensivo, pero apártese de complicar con sus poéticas y líricas expansiones, lo que él, con su altura, parece amparar; no nos lleve a que las Cañadas tengan también sus líricos cantores, que, si en verso no hacen daño, en prosa pueden ser causa, andando el tiempo, de que sus leyendas no harían despertar el amor y el afecto sino la aflicción y la pena.

×

Embarcamos. El viaje por mar, delicioso, contemplando el paisaje costero, y observando a la altura que las nubes llegan a la montaña, forman-

do una línea blanca, uniforme, que señala, indicándolo, la altitud en que la humanidad cesa, y queda libre de ella.

Llegamos a Los Abrigos, y allí comenzó para mí lo penoso de mi esfuerzo. El desembarco trágico y audaz por mi parte. Sin puerto de arribo, en alta mar, lanzándome violentamente por la borda y apenas apoyando mis pies en ligera escala, caí al fondo de un bote.

Al llegar a unas rocas tuvimos que coquetear con el oleaje, y, cogiendo el tiempo, poner un pie en una roca y el otro quedándose en la barca, en actitud poco airosa.

Por fin, ya en tierra, pudimos trasladarnos en automóvil hasta el pueblo de San Miguel. Al día siguiente, en mulos con albardas, seguimos a Vilaflor. El camino es malo, ni siquiera el llamado de herradura; pero ante la perspectiva de lo que quedaba por transitar, tolerable.

Subimos a San Roque. Sitio ideal; domina el valle, con una ermita pintoresca, pinos seculares. Una fonda coquetona de buen aspecto.

Su dueño se llama Amador; hombre rudo, tocado con un sombrero que adopta distintas formas; de Frégoli gracioso, unas veces; de Napoleón, con el ceño fruncido, otras, parece como querer expresar las diferentes modalidades de su amo. Alegre cuando recibe al cliente, si éste es admisible; o preocupado y brusco, cuando le sometió a la prueba, aquél ha de marcharse, contrito y cabizbajo, si la famosa prueba dió un resultado positivo. ¡La prueba de Amador! ¿Sabéis en qué consiste? Vamos a explicarlo.

Amador es un médico hecho en la experiencia. Amador no necesita de libros. Para él, bastaba el

precepto hipocrático de la observación. Para él los pulmones son los fuelles que alimentan de aire al organismo. Si éstos fallan, se resienten, o se fatigan, aquello es prueba indubitable de una lesión tuberculosa. ¡Tísicos a él...! ¡Certificados de un médico! Vana ilusión. ¡A la prueba!

Y aquí viene la explicación. Obliga al presunto cliente a recorrer hasta su fonda, a pie, y deprisita, una subida que no la resistiría en una prueba de atletismo, el gimnasta mejor preparado. ¿Hubo disnea, tos, hemoptisis, desfallecimiento? El huésped no es admitido. ¿No la hubo? Puede quedarse tranquilo el nuevo cliente.

Propongo que pase a los tratados de Tisiología la prueba de Amador... que anulará, ciertamente, la de la tuberculina, etc.

Amador receta, discretamente, tan sólo una purga, y donde más interviene es en la extracción de muelas y dientes. Una vez fué requerido para ello, pero, quizá, porque el paciente fuese rebelde, tuvo que valerse, en compensación de una silla de operaciones, de la escalera de la casa, y sujetado fuertemente al que aquejaba el intenso dolor de muelas por dos amigos del operador, éste, apoyando los pies en el tramo superior, y cogida con las tenazas la muela, tiró con gran fuerza. Las gentes no saben lo sucedido. El paciente, dando un alarido y un salto, salió corriendo. En la región no han vuelto a saber de él.

×

San Roque, con una altura de 1.336 metros sobre el nivel del mar, con su espléndido panorama, tiene en el pueblo una superstición. Allí han de celebrarse sus fiestas.

Luchas pequeñas surgieron a cada punto. El Santo no está ni en la iglesia del pueblo ni en su casa, que en ruinas espera del fervor de las gentes una limosna para evitar su derrumbamiento.

Tan sólo ha recibido esta pequeña ermita pueblerina, que acoge fervorosamente la petición de la mujeruca, que apela a la Divina Providencia la salud de su hijito enfermo, un mísero donativo: cincuenta pesos de un cubano que, agradecido a su mejoramiento, los manda para que en las fiestas de San Roque se «quemem» para mayor gloria del Santo.

El Santo no está: fué a la Orotava para vestirse de nuevo, y ocupar decorosamente su puesto. ¡Pobre Santo nuevo y bonito: qué mísera encontrarás tu casa!

×

Vilaflor es un sitio admirable. Su panorama, espléndido. Un bosque de pinos, de los pocos que van quedando, porque la rapiña dejó en las plantas su huella. Aquí, como en todas partes, se tiende al propio estar, nunca al interés común.

La «rifa» del árbol, en esa mal entendida subasta del procomún, hace ricos a unos, empobreciendo a otros, que, víctimas de su trabajo, necesitan el aire, la atmósfera pura, el bienestar que la naturaleza, pródiga, reparte; y que otros, egoístas, se la adjudican para vilmente enriquecerse.

Los hijos del país, preguntan, apenas llegados al hermoso sitio: ¿Y aquellos pinos de tal lugar? Sólo quedan en pie los enormes, espléndidos, hasta donde rendido me postré, y que, gracia a un al-

truista, cuyo nombre siento no recordar, hizo cercarlos para evitar un crimen de lesa civilización.

¡Vilaflor! Sitio desde el que puede admirarse magnífico panorama, y cuya situación es inútil que pretendamos transcribir. El libro de Tomás Zerolo, publicado en 1889, contiene los datos más precisos para en él estudiar concienzudamente cuanto atañe a este asunto.

Un Sanatorio debe reunir condiciones especiales; hablamos del Sanatorio para ricos, y en Vilaflor, y no por sus condiciones especiales de sol y altitud—la naturaleza hace milagros—sino por su situación y fácil comunicación, tiene condiciones excelentes para cobijar una colonia de tuberculosos.

El camino a este pueblo encantador, es fácil. Por mar, el puerto del Médano. Su carretera facilita la conducción del enfermo al Sanatorio.

¡Salve Vilaflor, país del árbol y la estética... Pinos, aunque pocos. Ya protegeremos al que quede. ¡Sitio ideal! Montañas que dominan con su vista un panorama inmenso. ¡No tiene rival!



Andrés González Blanco

De las islas que los antiguos llamaron *Afortunadas*, y que hoy podrían serlo por la feracidad de su suelo, por la bondad de su clima, por la riqueza y variedad de sus frutos, por la condición apacible de sus habitantes, y, en suma, por la belleza y suavidad de trato de sus mujeres (que la hermosura y condición, dulce y templada, de las hembras, amansan las furias y ventiscas de los hombres y les adoctrinan para el Bien), pero que no lo son del todo por el abandono e incuria en que las tienen los hispánicos Gobiernos—«*Iberia semper incuriosa suorum*»—nos ha llegado siempre una buena cosecha y granazón de poetas y artistas...

No podemos evocar las islas Canarias sin dedicar un saludo de emoción a la figura venerable del muerto inmortal, don Benito Pérez Galdós, padre y maestro de la novela castellana, que trajo una nota nueva a la literatura española, roída entonces del gorgojo del falso realismo, y que fué para las letras nuestras el Balzac y el Dickens, el anotador preciso, minucioso y sagaz de la vida y de las emociones cotidianas...

En cuanto a la poesía, Canarias nos ha traído

una espléndida contribución lírica en los días de hoy. Nos han dado sus poetas una nueva nota de sensibilidad: nos han cantado el mar y el encanto de los puertos cosmopolitas, y en sus estrofas oímos zumbar las caracolas marinas.

×

Que la poesía isleña siga fecundando nuestra lánguida poesía peninsular. Una bien accesible erudición nos invita a recordar que los renovadores del parnasianismo francés eran isleños. Leconte de Lisle, de la isla de la Reunión; José María de Heredia, de nuestra entonces isla de Cuba, y en la literatura portuguesa fué un isleño, de las Azores, el más glorioso poeta: Anthero de Quental.



Claude Farrère

Acabamos de desembarcar en Canarias y queremos apresurarnos a narrar algo de su interesante historia.

Primero Tenerife. Veamos algo de Tenerife y de su capital, Santa Cruz. Nos encontramos en una ciudad polícroma y que se asemeja bastante a una estampa de Gustavo Doré—una de esas estampas que ilustran el «Quijote»—que realmente vale la pena de conocer. Yuxtaponed el color rojo, el blanco, el verde y sobre todo el amarillo; trazad mil callejuelas tortuosas, con sus miradores, sus celosías y grandes ojos atrincherados en todos los rincones... Mirad: recuerdo que cuando desembarqué allí por primera vez, tres mujeres, en tres minutos escasos, me proporcionaron la idea más exacta del país. Describamos estas tres mujeres haciéndolas desfilar ante nuestra vista:

La primera, surgida de una esquina de la ciudad, es de edad indefinible: de cincuenta a noventa años... Lleva una falda color limón... Limón o beige... y nada, según creo (pues no pude comprobarlo) debajo de esa bata entallada de color tan específicamente indeterminado. Sobre la cabeza un pa-

ñuelo amarillo y rojo anudado en triángulo, cubriendo un rostro de pergamino. En una palabra, Guanhumara, la Guanhumara de Víctor Hugo. Y en ese rostro seco, dos ojos inmensos, negros como la noche y melancólicos. Apagados. Sin expresión. Libres de pensamiento.

Segunda visión: una mujer de edad todavía más difícil de precisar: ¿Diez y ocho años? ¿Treinta y cinco? Admitamos diez y ocho años en una española que equivale a treinta y cinco en una francesa. La cara totalmente punteada de blanco y rojo, ya que su verdadero color no es fácil describir. Pero tiene también dos inmensos ojos que fulgurán. Y basta esos dos ojos sin maquillaje alguno, para hacer de esta mujer una espléndida criatura que es preciso admirar a pesar de su paso tardo, de sus perfiles borrosos, de su silueta vulgar.

Y por último presentamos a nuestro tercer ejemplar: una muchachita de doce años, tal vez sólo de diez, pero completamente formada: una diminuta y completa mujer... Una carita menuda, mitad de gata y mitad de mona. Pero deliciosa, llena de malicia, encantadora. Y siempre los mismos ojos negros que dominan toda la figura. La expresión ardiente del rostro está dulcificada por un matiz de travesura, de constante picardía. La jovencita cruzó ante nosotros y se dirigió a una tienda a comprar avellanas. Ahí la tenéis.

x

Tal es, sobre poco más o menos, la fisonomía de este país. Los hombres pueden ser cualquiera de estas cosas: españoles típicos, de trazos un poco descompuestos, o españoles de sangre muy pura. Se-

dimentos de otros lejanos países llegaron también a las Canarias, no importa cuando. Igualmente existió en las islas una población indígena, pero se extinguió totalmente. Mas, antes de seguir hablando, continuemos el comenzado paseo. No podemos hacer la ascensión al Pico de Teide: es demasiado fatigoso el camino y tuvimos además la poca fortuna de no encontrar el cielo despejado para verlo desde las costas. Visitaremos antes de seguir adelante la antigua capital de Tenerife, situada a unos veinte minutos en tranvía de Santa Cruz.

Esta antigua población se llama La Laguna. Es una ciudad que nos produce el efecto de estar en ruinas y en la que no se ven más que fachadas de piedra basáltica llenas de blasones y escudos enormes de la más rancia nobleza castellana. Más todavía, pues a cada instante nos encontramos en plena época de don Quijote. Cuando nos paseamos ante los viejos palacios de La Laguna, no podemos evadirnos a la sugestión de ver salir de cualquier parte el espectro de un hidalgo erizado con una larga espada que le llega a los pies, con grandes botas e inmensas espuelas: Don Alvaro de Bazán o el Cid Campeador... Pero no; todo eso ha desaparecido como estas mismas evocaciones, y encontramos a la ciudad vacía, salvo las vetustas casonas que son al presente morada de los comerciantes ricos de la capital.

×

Antes de dejar Tenerife para hacer rumbo hacia las otras islas, nos faltan algunas cosas que registrar en nuestro cuaderno de notas. Volvamos al puerto. Cuando se entra en Santa Cruz, se pasa

frente a una bella arcada blanca y roja, de viejos ladrillos y gastadas piedras, de un vago estilo castellano con cierto aire propio de la época de Luis XIII de Francia. Pasada esa puerta, se entra en una alameda umbrosa con una sonora fuente. Después encontramos la plaza de la Constitución, en uno de cuyos extremos se yergue un bello monumento. Este monumento, muy interesante, sostiene una columna rematada por una estatua de la Virgen. En la parte baja, cuatro personajes de marmol se levantan en los cuatro ángulos de la base. Cuando ví aquello por primera vez, me dije: ¡He aquí a los cuatro evangelistas! Pero, mirándolos más despacio, advertí que cada uno de ellos llevaba un fémur en la mano. No podían ser, por consiguiente, los personajes que me había imaginado, porque jamás había oído decir que San Marcos, San Juan, San Lucas y San Mateo fueron a ninguna parte blandiendo fragmentos de huesos humanos. Quise informarme y supe que las cuatro estatuas representaban a cuatro antiguos aborígenes que fueron reyes del país. Por otra parte, aquellos reyes de piedra tenían aspecto de haber sido poco cristianos. Después subió de punto mi asombro:

—¿Por qué estos aborígenes dan escolta a la Santa Virgen?

—Es que la Virgen Santísima se dignó aparecer en esta isla allá por el año 1390, haciendo uno de sus maravillosos milagros. Un indígena, enviado por uno de estos cuatro príncipes guanches, quiso arrojar una piedra a la sagrada aparición; pero su brazo no pudo moverse al ir a lanzarla.

¡Evidentemente, ese hecho portentoso bien valía una estatua! Pero me temo que no se pensase

lo mismo actualmente si fuesen consultados para ello los modernos descendientes de aquellos reyes portadores de fémures...

×

Otra curiosidad que descubrimos en Santa Cruz fué un boquete; un agujero marcado en la pared de la muralla del muelle. Ese boquete (escuchadlo bien) fué hecho por una bala del cañón español que cercenó el brazo derecho al almirante Horacio Nelson. ¿Fué efectivamente la bala que desportilló este muro la que realizó tan destacada acción, o fué una de sus hermanas? Lo indiscutible es que en 1797, Nelson, a la sazón simple capitán de navío, quiso hacer un desembarco a mano armada sobre Tenerife, de la que quería apoderarse, y fué rechazado en las condiciones más humillantes. No solamente vió frustrado su empeño, sino que todas sus fuerzas de desembarque—alrededor de medio millar de hombres—mandadas por su lugarteniente el capitán Troubridge, fueron envueltas por las tropas españolas y obligadas a rendirse a discreción. Los españoles, caballerosamente, devolvieron los prisioneros a la escuadra británica con la única condición de que no hicieran una nueva tentativa militar contra Santa Cruz de Tenerife.

Esta era, por otra parte, la segunda vez que los ingleses intentaban una acción bélica contra la plaza. Ciento treinta años antes, 1584, el famoso Drake, almirante de la gran Isabel, había sido derrotado en Tenerife de igual manera.

Con referencia a estas acciones del pasado, fui testigo durante mi estancia en Santa Cruz de dos episodios asaz pintorescos. Voy a contarlos.

Paseaba una mañana sin pensar en cosa trascendente, cuando fui abordado de improviso por un caballero de encantador aspecto, pero completamente sordo, que me preguntó si sabía inglés. Le contesté que lo hablaba a la perfección, sin que por su sordera pudiera apercibirse de que le decía una solemne mentira. Sin más explicaciones me invitó a que le siguiera hasta la iglesia matriz para que pudiese admirar las «Nelson's flags», las banderas apresadas a Nelson por los españoles y conservadas en aquella parroquia en una especie de arca de cristal. Este inglés extraordinario experimentaba una rara vanidad en mostrarme aquellas dos banderas británicas ganadas en lance guerrero por España contra su país. Fui con él y no sin cierto asombro pude comprobar lo que me decía.

Pero al día siguiente mi sorpresa fué aún mayor. Estaba fondeado en el puerto un buque de la armada real, un apostadero del rey Alfonso. El mando de aquel cañonero lo tenía un capitán de corbeta, jefe militar a quien se refiere esta historia perfectamente inofensiva.

Le referí mi entrevista con el caballero inglés. Me escuchó atentamente y me replicó con viveza:

—¿Qué me dice usted? ¿Hay aquí banderas inglesas?

—¡Diantre! Yo mismo las he visto; aunque como están en vuestra casa, de seguro lo sabría mejor que yo.

—No, respondió él. ¿Y cómo fué eso?

—Pues esas banderas británicas fueron apresadas en 1797, cuando Nelson fué derrotado en Tenerife.

—¿Cómo?, me dijo estupefacto. ¿Nosotros hemos derrotado a los ingleses? ¿Nosotros?

Le hablé con bastante claridad; pero pareció no creer una palabra de cuanto le dije. Jamás había oído hablar de aquel glorioso episodio. Y os confieso que aunque yo era por aquel entonces un oficial de marina recién entrado en el servicio, quedé pasmado al oír hablar así de los grandes hechos del pasado y al comprender que habían dejado tan mezquino recuerdo en la memoria de los hombres.

Pero, en fin. ¡No filosofemos más! Dejemos Tenerife y marchemos unos cuantos pasos más allá, hacia las otras islas del archipiélago.



Ricardo Burguete

No es posible que Humboldt se hincara de rodillas al divisar simplemente el valle de la Orotava viniendo de los recodos de la costa, porque todos se adivinan en «crescendo» de bellezas semejante. Bajando de las cumbres, bajando del Teide, sí, porque bajando del cráter la impresión es inmensa y la sensación que os agita es imborrable.

Yo debo a estas islas, sea cual sea mi estancia en ellas, esta impresión, esta emoción, esta, si queréis, sensación física, inolvidable del rodar, y del rodar como desde una nube a un montón de plumas. Paré sofocado la marcha. Latía mi corazón; sacudían mis arterias bajo la epidermis: miraban ávidos mis ojos; y mis músculos y mis nervios se distendían en una suprema sensación. Sentí entonces el deseo de volar, de lanzarme al espacio y bajar en raudo vuelo hasta aquel rincón florido, matizado de verde esmeralda que veía a mis pies y allí, acurrucado, aguardar la noche y mirar sobrecoigido al coloso. Creo que todos habrán sentido, al hallarse en el fondo del valle, por pendiente tan rápida, una sensación igual de cosa que ha rodado, de cosa que se descuelga rauda. Dijérase que la im-

presión es que se ha descendido de un astro lejano. De tal modo contrasta la naturaleza pródiga, rierte, risueña del valle de la Orotava, con aquellos lugares rápidamente atravesados de ira, de desolación y de cataclismo mortal y helado.

Ha descendido uno y se ha bañado en grandera. El acumulador de la máquina humana, el corazón, en aquellas alturas se ha vuelto a cargar de energía y sin la pesadumbre de abajo, baja respetuoso, para detenerse y admirar la belleza de aquel valle que respetó en su caída la lluvia de piedra y la lava, suspensa de su belleza.

Ya estáis en el fondo del valle. Habéis rodado. El silencio de la suprema sensación se hace en vosotros. La noche os cerca. El gigante no se vé. Os retiráis a recoger vuestras impresiones y, al cerrar los párpados, guardáis la impresión de que seguís rodando desde lugar cercano al de aquellos astros que guiñan sin cesar en la altura y que parpadean al coloso en su soledad, aun enojados.

×

Deben venir a Tenerife los espoñoles que van a admirar los Alpes y que van a Africa. Debieran venir familias ilustres a ver una de las maravillas del mundo que no se ven en los Alpes, que no se ven en los Andes, y que fué la admiración de griegos y romanos y de nautas y artistas de la antigüedad toda.

Aquí se enfocó mal el turismo. Sólo han venido enfermos y vienen en considerable número turistas para admirar el clima y las bellezas de un rincón. ¡Es poco! Los del país han hecho lo que pudieron hacer: crear hoteles. Pero les falta hacer un itinerario de marcha por las cumbres con una

hospedería rústica. Esta marcha de las cumbres atesora maravillas de emoción, de belleza sorprendente e inolvidable.

Es preciso que el turismo que va a Egipto y a las Pirámides y a las fuentes del Nilo y a ver el Niágara venga a ver esto. No es sólo el valle de la Orotava; eso no es nada, porque es un trozo de sinfonía armónica y resulta su verdadera belleza como todo en la vida, por contraste. Después de ver la belleza del volcán tiene expresión el valle de la Orotava. Mejor que él hay muchos en el mundo. Lo que no hay es él contraste del volcán y del valle.

Yo experimenté, lo confieso, una decepción al llegar a las Canarias, y ver las tierras negras y rotas, y ver el valle de la Orotava por el camino de la costa. Llegué a creer que estaba exhausto de emoción y por consiguiente enfermo. Ha sido menester que suba al volcán, que vea o no salir el sol, (eso es lo de menos) que vea aquella tierra; aquel cataclismo; que pise el demonio entre sus pecados negros, de lava secular que formó laberintos; que pise entre sus pecados blancos, de espuma de piedra pómez; entre su cólera negra de piedras que juntó tan altas, que la estrelló en la altura o al caer sobre la espuma de una piedra blanda; es preciso que pisara la lava rojiza y siniestra y que pisara el caos del amontonamiento, que sepultó. ¡Dios sabe que durante siglos milenarios fué preciso que diera el festón de luto que como una inmensa orla de piedra y arena negra envuelve vuestra costa como recuerdo luctuoso del cataclismo pasado!

×

Para explicarme la sinfonía del mar de aquí, para explicarme toda esta armonía maravillosa, nun-

ca visto en el mundo, fué preciso que descendiese a la Orotava y viera las palmeras, los aloes, los pinos, los abetos, y, maravilla de vegetación, los plátanos, el vergel de flores, para explicarme todo: vuestros hombres, vuestras mujeres, vuestras canciones. Yo creí que no era armónica vuestra música, que no era melódica, que era un pedazo de cosa rota, que no tenía vida interior; y ahora veo que vuestra «isa», que vuestras «folías», son un estado de alma en la que vive el cataclismo, que es un trozo de dulzura rota, de melancolía trágica, que guarda expresiones internas que vosotros adivináis; y que existen, como existe la fertilidad bajo la lava amontonada por los siglos. Se dice de vuestros «magos» que tienen un hablar roto, cauteloso, que esconden cosas, que no acaban por afirmar cuales. Así los hizo el suelo.

Es preciso adivinarlos; pero para adivinarlos, como para adivinar vuestra música, es preciso conocer la clave de vuestra naturaleza, la clavé geológica que produjo la clave histórica, y con la clave histórica la clave de vuestro contenido espiritual, porque vuestra alma, como vuestra naturaleza, se esconde bajo el inmenso misterio trágico de un pasado que hay que saber adivinar.

×

Todo esto lo he visto viendo el volcán, y aún más allá en la lejanía, adivinando las costas de Africa. He visto a mis pies, y quemando mis plantas, hervir y humear en azufre el volcán con olores demoniacos; el volcán que rugió hasta el Cielo y escupió espuma y lava y fuego de soberbia, que acabaron por segarle en su misma boca; el volcán que,

con otros, en lo que hoy es archipiélago, conmovió el continente; el volcán que vertió el Sahara al mar y lo desecó en arena, el que transformó la primera faz del mundo y restalló un vasto continente en pedazos.



Rafael Bolívar

¡Cuántas cosas bellas me ha dicho mi viejo amigo el mar! El ha evocado en mí los diecisiete años cuando yo era grumete en una goleta antillana. Y al evocar aquellos tiempos que se fueron para no volver, ha suscitado en la noche de mi espíritu un enjambre de ilusiones.

Cada puesta de sol de esas que he visto en la larga travesía es en la inmensa soledad del océano como el cambiante de la luz en la entraña del zafiro. Cada mañanita de oro es un abanico espléndido que abre la belleza de sus resplandores sobre un seno palpitante.

Desde la barandilla del navío saludé el mar rojo de estos crepúsculos. Las aguas dormían... la brisa estaba ausente y en el azul del cielo, hacia el sur, brillaba una estrella que parecía una rosa llena de rocío. El crepúsculo acentuaba lentamente sus carmines. Primero lució como una gasa dorada, una pálida gasa que se iba haciendo espesa y rojeante, hasta que al cabo se convirtió en un manto de púrpura. Luego pasó a un tono moaré, y por último, encendida allá, apagada acullá, taraceada de manchones rojos, simuló una rara extendida piel de

pantera... Se diría que era aquel manto fabuloso de la Oceánica del poema.

Luego cerró la noche sus cavernas... y el tardo navío español avanzaba majestuosamente, en pesoado vaivén, como una enorme bestia crinada de sombras...

Adentro, en el oratorio, un rumor de rezos, un mascullo de latines... Era que el capellán de a bordo, con los pasajeros católicos congregados, rezaba el rosario. Maquinalmente me dirigí al grupo de rezanderos... y al arrodillarme sentí que el «Ave María» desplegaba sus alas de seda sobre la aspereza de mi espíritu...

La solemnidad del mar, la solemnidad de la hora, y la solemnidad de la oración. Sobre ese trípode, como una lámpara maravillosa, resplandecía la llama de la fe.

×

A la mañana siguiente me despertaron unos gritos de alborozo. Eran los pasajeros de tercera que apuraban «la bota matutina». ¡Las islas Canarias!... ¡Las islas Canarias!... Un isleño corpulento que se gasta enormes mostachos borgoñones, y se ocupa en vender leche de cabra en Caracas, pugnaba por sacar el busto por una de las clara-boyas del buque.

—¡Canarias! ¡Canarias! ¡Canarias!— gritaba.

Aquel hombre se crecía al pronunciar el nombre de la tierra natal. En los ojos, en el rostro, en los labios, se le veía un no sé qué de delirante entusiasmo, de estremecimiento supremo. Así debió gesticular Vasco Núñez de Balboa al tomar posesión del Mar del Sur.

Y en efecto, las islas Canarias surgían como una mancha gris entre las brumas del Oriente.

Ya cerca de la rada de Tenerife, una banda de gaviotas y albatros se vino en pos de la chimenea del «Manuel Calvo».

Lindo saludo, amoroso y regocijante saludo, en que frágiles alas blancas se agitaban a nuestro encuentro como pañuelos.

A medida que el vapor se aproximaba hacía-se más claro el panorama de la ciudad... una ciudad policroma. Un amontonamiento de casas rojas, azules, blancas, amarillas. Es un mosaico: Las montañas que tiene tras de sí no son del color opalescente u obscuro de nuestras montañas tropicales: son cerros verdosos, de un tono anaranjado o amarillento.

El puerto me hizo la impresión de una Constantinopla, de un Damasco, de un mercado árabe no sé donde, en un sueño, a través de una quimera, de una alucinación, de un anhelo extravagante.

Cuando echaba pie a tierra iba con la curiosidad de que me iba a encontrar con gentes trajeadas de albornoz, de bragas etruscas, de fez arrebuja-do hasta los ojos, con la cintura llena de alfanges corvos, con empuñadura de nácar recamada de piedras preciosas... pero bien pronto se me desvaneció el prejuicio. Me encontré con gentes urbanas, ceremoniosas como en todos los puertos... con sus «mangas de camisa», pantalón de dril oscuro, sombrero de paja o de fieltro y la inevitable faja encarnada.

Caminé un día entero por Tenerife. Sus calles amplias, rectas, como tiradas a cordel. Mucha mujer bonita asomada a los balcones. Se saludan unas a otras las vecinas con un deajo, con un sonsonete y un no sé qué.

Ya a la tarde ;quién lo diría! fué cuando vine a acordarme del pico del Teide.

Allá, como hiriendo el azul del cielo, allá, con su espiral de nieblas, simulaba un asta que sujetase una larga, ondulante, magnífica bandera de encajes.



Alejandro Lerroux

En cierta ocasión, y por culpa de unos gobernantes equivocados, tuve que abandonar mi patria. Y al llegar a Tenerife, de paso para la Argentina, pude observar de cerca que en este pueblo admirable había un puerto de refugio, y que todo lo que se me negaba en España, por mezquindades políticas, aquí lo encontraba. Pero las persecuciones y las circunstancias tan difíciles porque atravesaba entonces, me impidieron quedarme definitivamente en este país, como anhelaba.

En Tenerife, en esta isla llena de encantos y sugerencias, veo yo un simbolismo que deben tener en cuenta todos los españoles para aunar sus energías. Ese Teide, que se levanta altivo, retando al cielo, ¿no es un signo que está apuntando la ruta del porvenir? ¿No será antorcha que pueda iluminar algún día los horizontes, o fuego sagrado como aquel que abrasó a los hijos de Sodoma y Gomorra?

Yo siento admiración igual por todas las regiones españolas. Como le ocurre a los padres con sus hijos, que ninguno le parece feo, con los mismos ojos

de devoción y cariño miro yo a las regiones. Todas me parecen igualmente bellas.

Pero en Canarias hay algo que nos habla más al corazón; el abandono en que se las tiene, la falta de una tutela más amorosa por parte de los gobiernos.

En el disfrute del Poder público, todas las regiones, con excepción de Canarias, han tenido su parte. Hubo una época en que todo el Gobierno era de gallegos; hubo otra época en que todo el Gobierno era de andaluces. Para Canarias no hubo más que olvido. Vosotros, pues, debéis decir al Gobierno, ya que se os regatea vuestra parte en el Poder público: tenemos derecho, por lo menos, al cariño de España; que España demuestre más atención y más celo por estos pedazos de la patria, porque España tiene un ideal que realizar más allá del Atlántico, y España debe saber que de islas está sembrado el camino de América.

×

En Tenerife hay grandes iniciativas particulares que desarrollar; vuestra riqueza, más que en el suelo está en el cielo. Porque no podéis jactaros de ser un país exclusivamente agrícola, sino que os debéis preocupar, en primer término, de industrializar la isla.

Recordad el ejemplo de Cataluña, que por su misma pobreza se industrializó primero para industrializarse después. Guardáos de reposar a la sombra de vuestros platanares, que podría convertirse un día en sudario de vuestra riqueza.

Industriáos. Industrializáos. Pensad en la posición privilegiada que os brinda vuestra proximidad

al continente africano; pues mienten a sabiendas aquellos que a diario invocan la pobreza de Africa.

Yo no creo que sea difícil llegar a esa aspiración. Y menos lo creo imposible, porque cuando he mirado a las nubes, buscando el azul del cielo, saltando por los escalones que habéis fabricado en la montaña, he pensado en la cantidad de energías, en el esfuerzo de voluntad y amor al terruño que toda esa obra representa. Y yo me he hecho esta pregunta: ¿no ha de haber en esta raza que así trabaja y así produce, la misma cantidad de voluntad para sobreponerse a las miserias y las rivalidades y juntarse en una falange de hombres conscientes de su misión?

×

Si yo un día me sintiera romántico y cansado, necesitado de un sueño de reposo; si intentara crearme una existencia de clase pasiva; si necesitase un país donde buscar el sosiego espiritual, la contemplación de la naturaleza y la quietud necesaria para consagrarme a la lectura de tantos libros, todavía vírgenes de la cuchilla, cómo hay en mi biblioteca, elegiría Tenerife entre todos los de la Tierra.

No sé si aquí habéis arrancado el fuego del volcán para transformarlo en energías espirituales y en vivero de cordialidad, o si ha sido el volcán el que ha recogido de vosotros los sobrantes de pasados fuegos: lo cierto es que jamás encontré en tierra alguna un calor de afectividad, de hospitalidad cordial y generosa, como éste que hallo entre vosotros.

Y vuestros hombres representativos, vuestras clases populares, vuestros profesores, artistas, aboga-

dos; vuestras mujeres, en cuyos ojos advierto la benevolencia para quien pasa ante ellas cargado con el peso de sus años, se han adentrado de tal manera en mi corazón y en mis afectos, que si alguna vez, repito, necesitase de un hogar un poco más grande, en el cual pudieran confundirse el de mi compañera y el mío, aquí vendría a buscarlo y aquí me tendríais para toda la vida.



R. Nóvoa Santos

Tenerife, la más «afortunada». Todavía veo en mi recuerdo el paradisiaco anfiteatro de Orotava, frente al mar; la flecha del Teide, apuntando a la infinitud del cielo; la espléndida maraña del monte de las Mercedes, perennemente verde; la recoleta ciudad de La Laguna, abierta al mundo a través del mirador de su Universidad; la Santa Cruz, clavada en la playa; y en fin, toda una tierra de maravilla... Desde la punta del Teide a la cintura de playas y acantilados, esta Isla de las Afortunadas es la síntesis, no ya de un Continente, sino de todo un mundo.



Francisco González Díaz

No se da un paso por la campiña de esta isla de Tenerife sin encontrar un punto de vista que cause la admiración, un paisaje que produzca un deleite. Los bellos panoramas, variados y caprichosos, siguiendo las revueltas de los caminos abiertos en el seno de las montañas, suspendidos a veces entre el mar y el monte; las tierras cultivadas, en que se despliega una flora espléndida, van ofreciendo en sucesión de cuadros que asombra, encantos mil a los ojos. Por donde quiera, el agua, desbordada en sonoros raudales, canta alegría. Sentimos la maternidad de la Naturaleza, maternidad amorosa, cuyo regazo inmenso por igual a todos nos cobija. Indudablemente, esa maternidad no es una ilusión.

Bajo este cielo benigno, nadie reconocerá a la madrestra desabrida y fría que en otras zonas menos afortunadas niega al hombre todo auxilio y le presenta, en lugar de senos ubérrimos, pechos exhaustos; nadie reconocerá a la naturaleza enemiga que esteriliza con el hielo o mata con el rayo, que aho-

ga los gérmenes vitales en lo hondo del surco y parece casada con la muerte.

Casada está aquí con la vida, con la esplendorosa vida meridional que brota en flores y revienta en frutos, con la vida libre y generosa cuyo ministerio es un eterno producir, un eterno crear. Las brisas, cargadas de perfumes y de gérmenes, pasan como ráfagas de vitalidad; hervores perpetuos de germinación conmueven la tierra y la hacen palpar estremecida; las rosas se desbordan de las tapias como rostros bonitos que sonríen, tienden sus guirnaldas hasta la playa, suben a las alturas, incesan la vasta extensión donde reinan su color y su aroma, y cuando se descorre el blanco «velum» con que el cielo de ordinario se cubre, brilla sobre los campos eternamente florecidos, una indescriptible pompa solar.

×

Aquí una llanada sobre la cual cosechas magnificas se tienden; allá un barranco entre cuyo encajonamiento los helechos ostentan sus finas hojas de verde reluciente, cuajadas de rocío, que desde lo alto mandan los desatados manantiales en una profusa aspersión; más lejos, un picacho erguido y escueto, envuelto en delicadísimos cendales, un sendero empinado que serpentea y se esconde entre húmedas verduras para reaparecer luego y seguir trepando montaña arriba, ceñido de rosales silvestres; un caserío blanco con su alegre tocado de tejas, un Calvario que llama al caminante para que en medio de la Naturaleza cautivadora se detenga y adore al Dios que la ha creado...

A derecha e izquierda de la carretera, las adelfas

se inclinan fatigadas al peso de sus exuberantes flores enfermas que exhalan un veneno adormecedor, halago y tormento de los sentidos; cabecean los eucaliptus, agitan las palmeras sus abanicos de palmas en son de triunfo, como si nos hablaran de la gloria en convenidos signos y como si quisieran espantar la mosquera imperante sobre el campo en muchedumbres increíbles. A la derecha, la costa con sus cortaduras bizarras, sus cadenas, sus arrecifes, sus rocas de forma singulares que esmalta y bordea la hirviente espuma; una línea durísima, cortada cien veces bruscamente, unida a negros promontorios, seccionada y hendida, socabada por el asalto de las olas tumultuosas. Por todas partes la canción del agua, ronca en los gemidos del mar, suave y deleitosa en el lamentar dulce de los arroyos despeñados que por entre las grietas de los cerros baja aprisa en busca del llano, es decir, en busca de la paz... Y por todas partes también las ermitas, de cuyas humildes cruces parece desprenderse el perfume místico de las oraciones acumuladas. Y las rosas que, cual si las animase misteriosa vida, parecen buscarse, apiñarse, correr, subir, ofrecernos sus cálices para que depositemos, en homenaje a la Naturaleza creadora, un beso de adoración...

×

Ningún sitio en el mundo cual este valle encantador para adormecerse en la dulzura melancólica de un ambiente «amigo»; ninguno más propio para suavizar las hondas heridas del corazón. Apartado del tumulto ciudadano, entre la montaña que me dice: «asciende» y el mar infinito que me dice:

«huye», las horas se van veloces, encantadas. Y el dolor lacerante baja el tono hasta el suspiro de la resignación, hasta el gemido apagado de la conformidad cristiana. Lloran conmigo dulcemente las cosas que me rodean. Manos invisibles que me acarician.

×

Hay en la Orotava un Jardín Botánico de universal nombradía. Visitándolo pocas tardes ha, penetróme como nunca la sensación de calma, de olvido y de abandono que se experimenta en estos campos; que de ellos se exhala y se difunde, alma del paisaje... Imagináos lo que será ese vergel en una comarca tan privilegiada y tan bella, en una zona donde medran las plantas de todas las latitudes y las flores de todos los climas. El Botánico de la Orotava contiene un resumen de la flora terráquea entera. Allí el pino del Norte no está nostálgico por la ausencia de la gallarda palmera del sur; la siente vivir y palpitar a su lado, alarga su ramaje obscuro para besarla en un impulso de amor... Los dos colosos se tienden los brazos y se cuentan sus secretos. Suprimida la distancia, celebran sus bodas, y el famoso «lieder» de Heine pierde su realidad poética, pero no su poesía.

Junto a los frutales del trópico se alzan erguidos, pomposos, recios, los árboles de las tierras frías, el tilo, el roble, el castaño; el baobab cuchichea con la palma canariense de figura elegantísima y belleza inspiradora, imagen de la mujer canaria; los cocoteros se inclinan ante los cactus erizados de espinas, agresivos y tristes como los beduinos del desierto; el ciprés calvo, «taxodium distico», árbol

anfibio, susceptible de acomodarse en los dos elementos, tierra y agua, se yergue muy cerca del mate del Paraguay («*ilex paraguayanus*»), un ejemplar de siete años y tres metros de altura, que se ha logrado milagrosamente contra la opinión de técnicos, y la desconfianza de los empíricos; los ficus de especie diversas y los plátanos de alegre verdor, se confunden; las araucarias simétricas, monótonas, prosáicas, horribles, multiplican sin fin sus series de ramas paralelas como andamiajes, a dos pasos de las acacias esbeltas y bonitas con cierto aire de coquetería refinada que trasciende a bulevar parisién; los sauces se desmayan en brazos de los laureles que cantan gloria; los eucaliptus, hijos de Australia como otros tantos miembros de la vasta asamblea, reparten generosos su balsámico, salutarifero aroma; las plantas rastreras, reptiles de la vegetación, se abrazan y trepan por los troncos centrales, parecidos a columnas de catedrales. Y por ellos suben también ejércitos de hormigas, el azote del Valle, y en los ámbitos entonan los pajarillos sus salutations a la noche próxima, y zumban las avispas, revolotean las mariposas, esas flores de la fauna...

×

Nada más peregrino: estoy en la selva y en el jardín de los jardines. El mundo, tan cercano al mismo tiempo que tan remoto, se me esfuma completamente. Casi solo dentro del amplio recinto, envuelto ya en las sombras del crepúsculo, bañado por los últimos rayos solares, «invitado al sueño», mi fantasía emprende una carrera loca. No quiere dormir sino correr, no quiere descansar sino soñar.

Transportase a los días genésicos, a la alborada radiante y pura de la Creación, sonrís de Dios mirando su obra recién nacida en sus manos... Las plantas diurnas plegan en sus hojas y se duermen plácidamente; las que con la luz viven, idólatras del sol, se han muerto para resucitar mañana. Y yo me reconozco más despierto que nunca, mientras las rosas palidecen en la sombra.

Así despierto, sueño con la fraternidad universal: esos árboles, esas plantas, esas flores hermanados, «reconciliados», me la simbolizan y me la materializan. El Botánico de la Orotava antójaseme un templo en que se practica la religión de las religiones, el verdadero Templo de la Paz.



Francisco Cañellas

¡Laguna de Tenerife, la callada, la dormida!
¡Cuántas veces, calmados mis instintos errantes,
han pronunciado mis labios tu nombre como una
amable promesa de paz, de sosiego espiritual! ¡Con
cuánto amor, cada vez que la áspera lucha diaria
me concede una tregua, vengo a bañar mi espíritu
cansado en tu dulce silencio, a la sombra de tus
piedras venerables, doradas por el sol de los siglos!

Muy pocas ciudades españolas tienen, como ésta,
un encanto tan profundo, tan poético, en sus ca-
lles silenciosas—de rótulos sonoros y castizos—
por las que aún vagan las sombras de inquisidores
y de obispos, de claros varones que fueron lustre
de las letras y de hazañosos guerreros que pasearon
sus chambergos de airosa pluma y sus recias
tizonas toledanas por los campos de la leyenda y
de la historia; en sus palacios ruinosos, con pétreos
escudos y bellas rejas de prodigiosa forja que el
tiempo carcome, inexorable; en sus plazas, tan tí-
picas; en sus nobles paseos, deleitosos y amenísi-
mos; en sus jardines maravillosos, cuajados de

magnolias esbeltas, de jazmines fragantes, de encendidos claveles, de opulentas rosas blancas, amarillas, bermejas; en sus viejas casonas solariegas, con sus portaladas orgullosas y sus grandes patios, llenos de sombra y de misterio, en los que una fuente murmura su fría canción interminable...

Como en las viejas ciudades próceres donde duerme el recio espíritu de Castilla madre, de Castilla mística y aventurera, trágica y fecunda, «que hace los homes e los gasta»—Ávila de los Caballeros, Toledo la imperial, Burgos la altiva, sus hermanas por el silencio evocador y el prestigio de los recuerdos nobiliarios—, todo aquí parece hablarnos de la belleza melancólica de las cosas pretéritas, de todo parece desprenderse una suave sensación de serenidad, de reposo, de olvido.

El alma de La Laguna es el silencio. ¡Silencio noble y fecundo, bálsamo siempre eficaz para los espíritus cansados que gustan de abandonarse a su blanda caricia! Todo artista sueña en el silencio, y hace su arte en la soledad del silencio, ese «sol que madura los frutos del alma». «La verdadera vida—ha dicho Maeterlinck—, la única que deja algún rastro, no está hecha más que de silencio». Y un altísimo poeta, Alfredo de Vigny, ha cantado en versos impecables: «Seul le silence est grand: tout le reste est faiblesse...»

×

¡Laguna de Tenerife, la callada, la dormida!
¡Serenos y mansos refugio de almas que anhelan vivir más cerca de Dios que de los hombres, quién pudiera escribir el lenguaje de tu suave, de tu dul-

ce, de tu inefable silencio, en el que parece flotar el renunciamiento de todas las cosas terrenas! ¿Recordáis cómo adjetiva Cervantes en el «Quijote» el silencio que reinaba en la casa del caballero del verde gabán? «Silencio maravilloso», escribe el manco inmortal.

Y ese silencio, ese «silencio maravilloso», es el que reina en la vieja ciudad, noble y austera, que abrumada bajo el peso de añejos blasones, duerme apacible su sueño de siglos a la sombra de sus piedras venerables, arrullada por las áureas leyendas de un pasado glorioso de fausto y de esplendor...



Teodoro de Anasagasti

Durante la cena el pasaje recibe con alborozo la agradable nueva, comunicada desde el puente, de que se entrará en puerto a las once y media. Los comensales estallan en vítores a la dotación de la nave, y, en algarabía, ascienden a lo alto para escudriñar.

Al cabo de un rato se divisa el parpadeo del faro. Faltan aún dos horas y media interminables. El barco, que conoce a ciegas la «carretera»—como la llama un marino—avanza decidido casi a chocar con el acantilado que se adivina en la oscuridad. No nos alcanzan los destellos y largo rato navegamos a lo largo de la costa como en la laguna Estigia.

De pronto, como una nueva constelación, se muestra Santa Cruz de Tenerife. Gira con celeridad este cielo desconocido, completamente tachonado. Es después una gran pirámide de puntos luminosos, un descomunal árbol de Noel. Y cuando nos damos cuenta estamos dentro del puerto. El práctico se ha dado prisa y, amable, hace desfilar ante nosotros los barcos más grandes del puerto, perfectamente iluminados...

Las plumas de las grúas, puntales de los barcos reunidos en haz cónico, son los ingentes palilleros de la fiesta marítima que se prepara.

Suenan las primeras músicas; por el muelle, entre murallas de huacales, desfilan comparsas que vienen a nuestro encuentro. Variados los sones que se sienten desde los barcos extranjeros que nos rodean; crece la algarabía, que ya es estruendo. Estamos metidos en la caja armónica del puerto más musical y repetidor, de perfectas condiciones acústicas—más aún que los mortecinos reflejos de San Giorgio y Canal Grande de Venecia. Rebotan, se multiplican las armonías entre los riscos y el agua, en ecos y cadencias polifónicas, infinitas. Procuraré explicárselas al maestro Falla cuando le vea en la Academia. El oído, que en la travesía se nos había adormecido con el isócrono balanceo de la máquina y el tintinear de la campanita que señala el cambio de timonel, recobra su imperio, gusta de estos ritmos.

Las campanas de la iglesia ponen las notas y contrapuntos precisos. Ayes lastimeros, bandurrias y guitarras, maquinillas estridentes, chorros de agua de los barcos, conjunto armonizado que cubiletea en el cielo sin par...

Ya están aquí las cadenciosas folías, con el acompañamiento y ritmos isleños. El matrimonio dinamqués que conocimos en la travesía se nos ha desperdigado detrás de una comparsa.

Aquí se saborean plácidas las horas; los momentos no existen; tampoco el vértigo de la velocidad. Ni el cura ni los cantores de la misa del gallo, ni los fieles, como si fuese el medio día, muestran el menor desasosiego.

El puerto, nuestro muelle—aromática frutería de Europa— está concurridísimo de comparsas y pacíficos ciudadanos que quieren mitigar interiores hervores; refrescar la cabeza con la brisa del mar.

El «Escolano», nuestro hotel flotante, en medio de todo, dentro del interminable rumor, debe ser más tranquilo que todos los albergues urbanos.

Cuando, después de no pocos esfuerzos, habíamos conciliado un leve, alado sueño, nos sorprende una nueva algarabía. Esta vez las voces suenan dentro del mismo barco. Ya es esta demasiada folía. Los asaltantes se desnudan por completo, sin reparo alguno. ¿Se van a tirar al mar?—pregunto al marinero de guardia.

—Son los cargadores de carbón que van a meter a hombros quinientas toneladas; las que no pudimos adquirir en Gijón por la huelga.

Rápidos inician la tarea; pero el exigente capataz que por un tanto ajustó la carga, les grita:

—«Vamo, vamo; má vivo; má»...

Todos hablan a un tiempo, discuten y dan órdenes. El más joven entrega su guitarra al cocinero para que se la custodie.

Una densa polvareda negra oscurece el sol, que asomaba detrás del muelle.

El capitán, que no puede contener la risa, y yo, huímos «vivos» como gritaba el capataz, para escaparnos de la nueva erupción tinerfeña; a conocer la población, que está en pie, sin haber claudicado nadie, en la misma actitud populosa, en plena folía.

×

Al día siguiente de desembarcar, al recorrer el muelle, vamos observando que el puerto se ha he-

cho a retazos, por partes. La construcciones de sus murallones, las rampas, escaleras, los bloques, la escollera, vienen a nuestro encuentro, exponiéndonos sus quejas. ¡Cuánto no hubo que gestionar del lejano Poder central, gran tacaño, para que se librasen los exiguos créditos! ¡Cuántas quejas de los armadores, del comercio, de los marinos, del gremio exportador, de los estibadores! Este muelle, abarrotado de mercancías, de pilas de sacos de cemento y de murallas de cajas y huacales. Este vigilante que no puede imponer su autoridad, el chófer del taxi que grita al del camión, ¿no nos están explicando que el estrecho espigón es del tiempo de los primeros navíos de vapor, de hace sesenta años, cuando más de la época de los «barcos carretas» que asomaban cada mes o cada quince días?

¿Queréis que adivinemos—todavía no hemos escuchado las cadencias del hablar tinerfeño—, a quién, a qué personaje se debe este muelle, que no tenemos derecho a criticar, pues costó Dios y ayuda construirlo, con el calado que hay en el sitio? Venid. El monumento o busto reza en su pedestal la dedicatoria al personaje, los cargos que desempeñó; alcalde, diputado, senador, ministro...

¡Hombre! Aquí topamos con una calle; allá con una plaza que ostenta el nombre de un personaje que no nos es desconocido. Es el dato que buscábamos; el ilustre isleño que se desveló por su patria chica, y que menta la guía, confirmando la certeza de nuestra primera impresión.

×

Adentrémonos en la ciudad. El capitán del barco que nos trajo, nuestro pariente, que desde hace

muchos años arriba a la ciudad y que se interesa por sus vicisitudes, nos va explicando:

—Aquí había una fortificación... Esta plaza es nueva. Tenía otra pendiente...

—¡Cállate!—le interrumpimos—, Déjame que yo siga explicando... Este edificio rojo que está en mitad de la vía lo quieren tirar todos los vecinos, porque estorba. Es un caso análogo al de Málaga, en la carretera de Vélez. Desde el parque, hacia el Este, arranca la carretera que juntamente con la vía férrea perfila la costa a poca altura, mojándose en el mar esmeralda. A medida que avanzan, en competencia, incitan a contemplar el maravilloso mar, el acantilado. Queremos trasponer aquel promontorio, para contemplar El Palo, que debe asomar detrás.

—Pero ¿qué es aquello? ¿Una casa entre la carretera y la vía que oculta la vista? ¿Biombo o caja de pasas malagueñas, de excesivo tamaño? ¡Una impertinencia!

—¿Sabes cómo la han bautizado?— nos dice el amigo—. Pues, «¡Villa estorbo!»

Reímos. ¡Villa estorbo!... Estorbo, como otros muchísimos en innumerables ciudades, que desaparecerán algún día. ¿Habrà poder bastante para demolerla?

Ríe, con nosotros, un curioso que había oído la conversación. Tenemos que escuchar su comentario y opinión urbanista local. También tendrán su opinión el mozo del bar, el limpiabotas, el chico que nos ofrece LA PRENSA. Mejor que todos, el flamante guardia ordenador del tráfico. ●

¿Qué habrá dicho esa bellísima santacruzera, loción de beldades isleñas, que asoma por el ventano de la verde celosía, en la radiante mañana de

invierno, que tiene que hablar quedo, con la minutísima boquita, gota de sangre?...

×

La última tarde no podía faltar—es lo menos que le he de ofrendar a la Isla—una correría por la carretera del Norte y el Valle de la Orotava. A toda marcha, cinematográfico, se desliza ante nuestro asombro un país de ensueño: pueblos de atrayente aspecto, en el verdor. Laderas escalonadas, canales de irrigación, tierra parduzca, calcinada, campos feracísimos, platanares sin fin.

Depósitos circulares de agua, salpicados en el terreno, manchas plateadas con la imagen del cielo. Barrancadas; una carretera que se complace en mostrarnos los cambiantes del mar y la montaña. El Teide que atisba el camino.

El barranco de Acentejo, Termópilas de las huestes conquistadoras. La Victoria, ornada de palmeras y el gigantesco anfiteatro de la Orotava anclado en el Puerto de la Cruz. En la bruma, cual inquieto cetáceo, la silueta borrosa de la isla de La Palma.

Hay que visitar todas las iglesias, tomar nota de las balconadas, visitar algunas casas; corretear sin cesar.

Un lugareño, tocado con su monumental capa blanca, es una réplica; tiene el mimetismo de las originarias cabañas: nota atemperada al fondo, la más pintoresca y parlera.

×

●
Ambiente embalsamado de auras marinas y esencias vegetales, que se acrecienta en la Orotava, sin que pudiésemos explicarnos el motivo. Es-

tudiando los acueductos,—modalidad rampante, que nada tiene de común con las conducciones romanas—dimos con los molinos de gofio, que aromatizan la población.

Conducidas las maquinarias por una mujer que amorosamente atiende su marcha, es la ambrosía donde ha de saturarse el viajero. Efluvio del ambiente, pólen de oro que nos envolvió, y nos ha mantenido la odorante impresión de la Isla.

Los acueductos de la Orotava están formados por grandes cubos, a manera de fortaleza. Entre muro y muro, unas canales de madera, sostenidas por tornapuntas, conducen el preciado líquido que mana de la circundante cadena de montañas.

A toda prisa, de noche cerrada, hemos de volver al barco, sin poder hacernos cargo de los lugares que atravesamos. Solamente nos son familiares los aspectos de La Laguna, sus iglesias y los campaniles, más negros en la oscuridad.

×

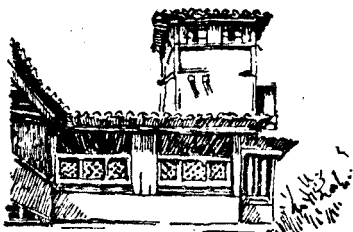
El «Escolano» tiene señalada su salida para las nueve de la mañana siguiente, y hemos de levantarnos con el sol para despedirnos y dar el último repaso a la ciudad, tomar más notas y obtener las «fotos» definitivas.

Envuelto el caserío en una grisásea tonalidad, por grados desde las alturas, comienza a teñirse de oro y acrecienta el sol su intensidad y arde el refulgente mar atlántico.

Ciudad, aspecto opuesto al de la Nochebuena en que llegamos. Las imágenes que se superponen con el tiempo al rememorar su fisonomía imborrable.

La ronca llamada del vapor, que precede a la salida, nos sorprende cuando aún no era el momento y creímos disponer de algún tiempo. Era una llamada personal, de atención, pues el capitán, alarmado, nos ve salir del barco, y teme que, distraídos, nos quedemos por alguna calleja típica.

Ha traspuesto el barco los muelles y conocedor del trayecto emboca Las Palmas. Allá en el horizonte queda la Isla de ensueño, sedante del espíritu, cuyo recuerdo se exalta con la lejanía. Tierra sin igual, impresión honda, emocionante, que se antepone a todas las correrías. Caricia atlántica, orgullo patrio...



Lafcadio Hearn

La isla de Tenerife empieza a recortarse en el horizonte cuando apenas amanece. Primero es una silueta cónica detrás de la cual el cielo es rojo oscuro como el hierro que sale del fuego. Más tarde, esta silueta cónica se va alargando por la base, pierde la rigidez de sus líneas, se hace sinuosa y reptante. Entre gris y verde, alza sobre el mar toda su promesa de anunciada maravilla.

Nuestro barco ha estado navegando proa a la isla. Dos horas de aproximación incesante que nos van dando los detalles de esta tierra, avanzada ya de nuestra Europa. Pasamos ante la costa Sur de Tenerife, coronada por el alto Pico que aparece desde la cubierta como roído por las dentelladas del tiempo.

Surgiendo, al fin, al fondo de su bahía, Santa Cruz de Tenerife. Hay unas montañas cerradas que interceptan el paso hacia el Norte. Estas montañas negras, profundamente negras, tienen un

contraste sorprendente con la ascensión anterior de la isla, entre edificaciones, sobre fondos verdes y cambiantes.

×

Todo el mundo en cubierta cuando cae el ancla de nuestro barco en medio del puerto. Estamos entre la masa gris de un acorazado inglés, al viento la alegría de todas sus banderas, y salpicadas las cubiertas por los puntos blancos de la marinería en faena y un gran trasatlántico alemán por cuyas escalas descienden grupos de viajeros, vestidos de tonos claros, con sombreros de paja y vaporosos trajes las mujeres. Estamos en noviembre y nos llega al ánimo la primera sorpresa ante este insólito espectáculo que nos reservaba la isla.

Siete horas en puerto son poca cosa; pero las hemos aprovechado lo mejor posible. Hemos visitado la ciudad de Tenerife, limpia y alegre durante estas primeras horas de la mañana. Hemos comprado flores y frutas de la isla. Hemos estado en las tiendecitas orientales, en las que unos hombres cobrizos venden sedas y marfiles maravillosamente elaborados. Hemos visto por las calles unas muchachas esbeltas y de ojos sajones que llevan sobre la cabeza una malla negra, ligeramente caída sobre el rostro y que les da una gracia picarescamente ingenua.

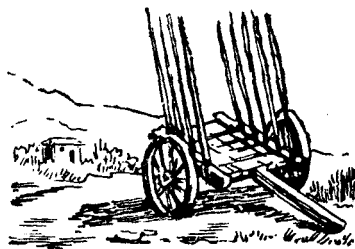
×

Luego visitamos el interior de la isla. Hombres europeos conocedores del Extremo Oriente, pensamos en ese libro sugeridor, tan popular entre los japoneses y que se rotula «Haku», con un capítu-

lo dedicado a esta isla de Tenerife, «tierra de primavera». Visitamos ciudades y campos de Tenerife: La Laguna, el valle de la Orotava, un jardín de aglomeración en que encontramos las plantas de Australia junto con las rosas de Francia. Y volvemos a nuestro barco.

¿Qué impresión traemos de la isla? La de una tierra de privilegio. Pero dominándolo todo, la fuerte impresión de una luz que corta el aire y acaricia el paisaje. De una luz que llena los rincones más pequeños del suelo y se dilata por la amplitud del horizonte marino, en reverberaciones creadoras.

Y junto a ella, una segunda impresión: acabamos de entrar en uno de los cuatro palacios primaverales del mundo: Nipón, Florida, Tenerife, Tahití...



A. Cabrera Pinto

La Laguna, que desde la época del padre Argibay ha realizado bruscos adelantos más parecidos a saltos caprichosos, como decía nuestro insigne Galdós, que al andar progresivo y firme de los que saben a dónde van, mas no por eso menos reales, se transforma por completo durante sus famosas fiestas del Cristo. A semejanza de ciertas casas ilustres de Castilla que con lo que les resta de su pasada opulencia pueden aún deslumbrar y admirar cuando se lo proponen, La Laguna causa en estos momentos una impresión de maravillosa grandeza. No, no exajero. Sus viejos edificios, retocados con motivo de las fiestas, presentan evidente mejora de cariz; sus muros dados de cal, lucen mejor que de ordinario; las flores que se asoman, cariñosas, a las tapias de los corrales y huertas, parecen más bellas, sin duda por el mayor cuidado que en estos días reciben; el pueblo, mejor, los pueblos todos de Tenerife, vestidos de gala, invaden la ciudad, llenan el templo y se desparraman por las anchas calles que recorre la procesión, adornadas de trecho en trecho con vistosos y artísticos arcos, y por las plazas, suntuosas,

sin rival en Canarias, iluminadas a la veneciana. En una palabra, la pereza noble, como de león adormecido, que invade el espíritu lagunense, se convierte en actividad desusada, y por unos días la histórica ciudad de los Adelantados revive y evoca sus días de gloria.

Pero el acto más conmovedor, de majestuosa pompa e incomparable poesía, el más digno de contemplación para el creyente y de estudio para el artista, es el regreso de la imagen a su santuario. En la hermosa plaza de San Francisco, profusamente iluminada y llena de un gentío inmenso, descansa la soberbia imagen antes de entrar en la capilla, en un monumental templete...

El Cristo, vuelto hacia su ciudad predilecta, parece tenderle sus brazos y decirle:

—Yo velaré por tí.

La sensación que este acto produce es inefable, grave, solemne, indescriptible. En los regocijos—y perdonad lo profano de la frase—en los demás regocijos populares acaso haya momentos de mayor jolgorio; no lo hay seguramente de más comunicativo júbilo. Parece como que a través de los siglos llega a nosotros un eco, no de las tristezas del Gólgota, sino de las alegrías de Sión.

Con el alma de rodillas ante la milagrosa imagen del crucifijo y fija la vista en ella, al punto se recuerdan las palabras de Lactancio en su poesía a la Pasión de Cristo.

×

A la prodigiosa imagen va unida la leyenda, transmitida de padres a hijos y consagrada por la devoción popular.

Cuenta una tradición, recogida cuidadosamen-

te por Núñez de la Peña en su obra sobre Canarias, que construído, casi a raíz de la conquista, el convento de San Francisco, el Adelantado Alonso Fernández de Lugo quiso donar a la comunidad un crucifijo de indiscutible mérito artístico con el fin de promover la devoción del pueblo hacia el Redentor del género humano. En esto están de acuerdo todas las versiones, aunque varían respecto a la forma cómo se adquirió la efigie que desde entonces existe en la capilla del que fué convento de religiosos y franciscanos.

La escultura del Cristo, de magnífica talla, pertenece en opinión de unos inteligentes al siglo XII y según otros al comienzo del XIII. Una monja del monasterio de San Bernardino, en Las Palmas, Sor Catalina de San Mateo, más notable por sus místicas iluminaciones que por su competencia en materias de arte, pretende que la imagen fué hecha por los mismos que presenciaron la sublime tragedia del Calvario. Sea cual fuese su antigüedad, remotísima sin duda, lo cierto es que esta divina efigie, imán del cariño y devoción de los lagunenses, vino a ser desde luego el seguro asilo a donde acudía la piedad cristiana en las calamidades públicas. Cuando sobre esta hoy semi olvidada ciudad pesaba alguna grande aflicción y debilitaba el vigor de los naturales una epidemia, o amargaba el porvenir del labrador «la sequía de los campos o la presencia en ellos de la devastadora langosta», el Cristo era sacado del templo procesionalmente, contándose como otros tantos milagros estas romerías.

A eso, a la protección que siempre dispensó a la primitiva capital de Tenerife, debe el título de «Cristo de La Laguna». El Ayuntamiento de

la ciudad, por acuerdo de 7 de septiembre de 1607, dispuso se consignara en sus presupuestos la cantidad de cincuenta ducados para la festividad, y por otro, de 12 de agosto de 1625, asistía en pleno a las solemnidades religiosas que se celebraban por esta fecha. Los Pontífices Sixto V y Paulo V destinaron también a la santa capilla—visitada en todo tiempo por los penitentes que buscan, en el recogimiento de sus sombras, paz al espíritu y fortaleza al ánimo—con las mismas gracias, privilegios e indulgencia que disfruta uno de los templos más admirables del arte cristiano, el nunca bien ponderado San Juan de Letrán, en Roma

Pero ¡oh, fuerza de la inconstancia humana! La devoción al Cristo de La Laguna no ha sido siempre la misma. Hará unos sesenta años, el Cristo estaba arrinconado, y la capilla tan abandonada que un día penetró en ella el ganado que pastaba estaba arrinconado, y la capilla tan abandonada, que la capilla; lo que hizo, exclamar el célebre padre Argibay, zumbón y buena persona a la vez:—«Nuestro Señor muere como ha nacido: en un establo».



Otto Sorge

—Va a pasar usted por la isla de Tenerife— me dijeron en Hamburgo—. Bese usted aquella tierra. Allí deja usted Europa y entra en América.

Y yo no había llegado a comprender el sentido de esta frase, hasta que el «Cap Polonio» entra en el puerto de Tenerife, desembarco en la capital de la isla, y paso unas horas queriendo conocer hacia dentro el tono de esta ciudad.

Y es Europa. Aquí hay rasgos de las ciudades portuarias de Alemania, de Inglaterra y de Francia. Se ven en los muelles y se ven en las calles lindantes con el tráfico del puerto. Y es Suramérica. En el ambiente, en los hombres, en las mujeres que encuentro en los paseos, en las mismas edificaciones, está vivo el «aire» suramericano. Encuentro costumbres de «allá abajo», de Montevideo y de Buenos Aires, de Colón y de La

Habana y encuentro costumbres que recuerdan a Londres y a las nuevas ciudades de Alemania.

Aquí no rompen dos mundos para separarse cada uno en su trayectoria. Aquí se encuentran dos mundos y el viajero, sin haber perdido contacto con la tierra europea, tiene ya el anticipo del mundo americano que le aguarda al otro lado del mar.



Darío Pérez

Tenerife avanza en el Atlántico como una promesa de bendición. Geográficamente, su situación; geológicamente, su constitución; históricamente su ejecutoria; estética, poética y artísticamente, es admirable como la flora descrita por Proust. Es una lira con todas las cuerdas, un cuadro con todos los matices, un pentagrama con todas las notas. Belcastel decía el jardín del mundo, y encierra una «suite» de emociones que culmina en el fuego de la montaña ingente y se suaviza en el almendro del huerto de Nicolás Estévanez.

La Naturaleza se prodiga en aquella tierra de ensueño; en las feraces vegas de Agüere; en las selvas vírgenes de las Mercedes, vecinas al puerto; en Anaga y Afur, con bosques y picachos de 700 metros sobre las rompientes de Punta Hidalgo, Anaga y Bufadero; en el incomparable Valle de la Orotava, con su vegetación de todas las zonas, sus abruptos y gigantescos montes de Aguamansa donde la Belleza vigila el curioso fenómeno

geológico de los «Organos», tan sorprendente como el de las estalactitas de Artá y Manacor. Y no sólo en la hermosura de los campos y en la benignidad del clima, pues también abrió horizontes de estudio a los hombres de ciencia que acuden a investigar las Cañadas y el Pico de Teide.

Es el Teide, con sus 3.700 metros, el más alto del mundo en altura relativa. Más elevados el Himalaya y los Andes, por ejemplo, lo son en relación absoluta sobre el mar, pero a todos, fuera del radio visual del océano, las alturas que los rodean impiden apreciar su verdadera altitud. Solo el Teide, irguiéndose en Tenerife, permite ver el agua en un dilatadísimo horizonte que abarca las siete islas del archipiélago. Europa y América, apartadas por la inmensidad del Atlántico, convierten a Tenerife, con la atalaya del Teide, en el nexo de ambos continentes. El día que el mundo sepa del asombro del Teide, gozará éste la predilección del turismo.

Tenerife... Tierra de promisión en la que flota sobre sus naturales resplandores, poesía de raza guanche, indolencias de boyero, fulgor de historia, sugerencias de danza que rindió a Luis XIV, eco aterciopelado de sus cantos populares, reflejos de su alma hecha sonido y armonía por la inspiración de Pówer, y hecha canto por la musa de Verdaguer.

A. Royo Villanova

Desde que tuve la dicha de visitar Santa Cruz de Tenerife no se me ha borrado de los ojos la impresión de su maravillosa belleza ni se ha extinguido en el espíritu el recuerdo grato de aquella estancia inolvidable que mis ocupaciones ineludibles me han impedido repetir.

Fuí un constante adversario de la Dictadura, pero declaro sinceramente que de las pocas cosas que en el haber de aquel régimen excepcional tiene mi imparcialidad que reconocer, una de ellas es el modo afortunado con que fueron aprovechadas las facilidades que proporcionaba un régimen extralegal, para mejorar y embellecer esa hermosa capital.

Los dos ideales que con más empeño he defendido, en mi modesta pero ya larga vida política, han sido la unidad nacional y la libertad. En pocas partes como en esa isla verdaderamente afortunada, me he sentido más compenetrado con el ambiente de la ciudad y con los sentimientos de sus cultos habitantes. En ninguna parte de Espa-

ña ni en la misma Castilla ni en el mismo Aragón he sentido vibrar como en Tenerife el amor a España y el amor a la libertad.

Y no quiero dejarme en el tintero la nota que más me impresionó durante mi corta estancia en Tenerife, cual es la exquisita cultura de sus habitantes y la sensibilidad de su espíritu. Sólo en Madrid, donde se decanta y depura lo más selecto del país, he encontrado un auditorio que pueda compararse a la delicada corrección y afectuosa benevolencia de esa hidalga tierra.



Índice de autores

	<u>Páginas</u>
Luis de Zulueta	7
José María Salaverría	17
José María de Sagarra	23
H. Villete	31
Vicente Blasco Ibáñez	39
Santiago Rusiñol	49
Cristóbal de Castro	55
J. Francos Rodríguez	65
J. Ortega Munilla	71
Ángel Guimerá	77
M. C. Wiart	83
Eduardo Zamacois	87
Felipe Sassone	95
Francisco Villaespesa	99
Adolf Schulten	103
Miguel de Unamuno	107
F. Gómez Hidalgo	121
Eugenio Noel	125
Jean Mascart	131
Leopoldo Pedreira	137
Carmen de Burgos	141
Basilio Alvarez	147
Julio Camba	151
Conde de Romanones	157
L. Fernández Navarro	161
A. Gutiérrez Gamero	165
Andrés González Blanco	173

INDICE DE AUTORES

	Páginas
Claude Farrere	177
Ricardo Burguete	187
Rafael Bolívar	195
Alejandro Lerroux	201
R. Nóvoa Santos	207
Francisco González Díaz	211
Francisco Cañellas	219
Teodoro de Anasagasti	225
Lafcadio Hearn	233
A. Cabrera Pinto	239
Otto Sorge	245
Darío Pérez	249
A. Róyo Villanova	253

ULPGC. Biblioteca Universitaria



778319

BIG 860-9 TEN ten

